
STAR WARS
AVENTURAS EN EL
ESPACIO SALVAJE
EL NIDO
Planeta Junior

Siguiendo la última pista sobre el paradero de sus padres, Milo y Lina Graf han llegado a un remoto planeta selvático donde les espera una aventura terrorífica. ¿Qué encontrarán en el nido?

STAR WARS

AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE

Libro 3

El nido

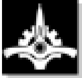
Tom Huddleston



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Adventures in Wild Space: The Snare*
Autor: Tom Huddleston
Arte de portada: David M. Buisán
Ilustraciones: David M. Buisán
Publicación del original: febrero 2016

unos 18 años antes de la batalla de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas
Revisión: holly
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
01.07.17
Base LSW v2.21

Declaración

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana…



Son tiempos de oscuridad. Con el fin de las Guerras Clon y la destrucción de la Orden Jedi, el malvado Emperador Palpatine domina la galaxia sin oposición.

Después de que sus padres fueran capturados por el desalmado capitán imperial Horda, Lina y Milo Graf huyen por las profundidades del Espacio Salvaje con la única compañía de su fiel droide CR-8R.

Cuando todo parece perdido, los niños interceptan una transmisión que llama a rebelarse contra el Imperio. Esperando encontrar a alguien que pueda ayudarlos, Milo y Lina parten en busca del origen de la señal…

CAPÍTULO 1

LA LLAMADA DE SOCORRO

—Vamos, pequeña —murmuró Lina mientras el *Ave Susurro* crujía y se estremecía—. Puedes hacerlo.

No pudo evitar preguntarse qué pasaría si la nave se partía en el hiperespacio. ¿Quedarían atrapados para siempre en aquel turbulento túnel de luz o explotarían, de vuelta en el espacio real, como un súbito destello en la oscuridad?

Lina se enderezó en el asiento del copiloto, alerta a todos los ruidos y crujidos. Si algo salía mal sería por su culpa: desactivar los dispositivos de seguridad del hiperpropulsor había sido idea suya. Podía oír a Morq chillando con nerviosismo en el regazo de su hermano, y a Milo susurrando en voz baja para tranquilizar al mono-lagarto kowakiano.

Lina no se había tomado un respiro desde que salieron de Thune. Había sido un error ir allí, ahora lo sabía. El Imperio les había preparado una trampa y los estaba esperando.

Pero ¿por qué? ¿Qué llevaban que fuese tan valioso? CR-8R flotaba silenciosamente junto a ella; sus extremidades tejían complejos patrones mientras trabajaba en el ordenador de navegación. Lina deseaba averiguar qué clase de información habían enviado sus padres a los circuitos del viejo droide antes de que los soldados de asalto los secuestraran. Deseaba saber por qué el Imperio se empeñaba tanto en conseguirla. Pero, sobre todo, quería saber dónde estaban sus padres y qué podía hacer para lograr que regresaran.

Se oyó un repentino sonido metálico procedente de algún lugar bajo sus pies y Lina vio que su hermano contenía el aliento.

—No ha sido nada —dijo CR-8R—: un soporte de aterrizaje se ha soltado. No ha afectado a la integridad del casco.

Se oyó otro golpe.

—Lo mismo —añadió CR-8R.

—¿Cuánto queda? —le preguntó Lina.

—¿Cuánto queda para llegar al origen de la transmisión? —respondió CR-8R—. ¿O cuánto queda para que el *Ave Susurro* se haga añicos?

—Ambas cosas —dijeron Lina y Milo al mismo tiempo.

—No mucho —dijo CR-8R—. En ambos casos. Pero no creo que haya necesidad de… esperar.

Lina estiró el cuello para mirar las lecturas. Milo se inclinó tras ella, con la mano apretando el hombro de su hermana.

Sin previo aviso, el panel que estaba frente a CR-8R estalló en una lluvia de chispas. Lina se protegió los ojos mientras el olor a metal quemado se extendía por la cabina. Morq soltó un chillido.

La nave se sacudió violentamente, hasta que empezó a caer.

A Lina le dio un vuelco el estómago cuando el *Ave Susurro* se precipitó, y se alegró de llevar el cinturón de seguridad bien sujeto a la cintura.

A través de los cristales pudo ver las estrellas y el radiante resplandor de un mundo verde. Habían salido del hiperespacio.

—Hemos llegado —les dijo CR-8R, cogiendo con sus manos metálicas los controles de dirección. El panel todavía soltaba chispas, iluminando sus ojos negros—. Siento no haberles advertido. Al desactivar los sistemas de seguridad el ordenador debe de haberse confundido.

—¿Confundido? —preguntó Milo—. ¡El ordenador de navegación ha estallado!

CR-8R tecleó en el panel.

—Sólo ha sido un cortocircuito —dijo—. Nada que yo no pueda arreglar. Y nos ha traído hasta aquí de una pieza. Casi.

—¿Cuál es el informe de daños? —preguntó Lina mientras la nave volvía a estabilizarse.

—Mínimo, sorprendentemente —le dijo CR-8R—. Soporte de suspensión en estado inestable y dos de los acoplamientos de alimentación del hiperpropulsor desporalizados. Tendremos que sustituirlos antes de volver a hacer otro salto.

—Lo has conseguido, hermanita —dijo Milo, rodeando a Lina con sus brazos—. Nos has salvado.

Lina enrojeció.

—Casi hago que nos maten —dijo ella con un estremecimiento—. Asumimos un riesgo y nos ha salido bien, pero no podemos depender de la suerte.

—Y no creo que el capitán Korda vaya a interrumpir nuestra búsqueda por mucho tiempo —añadió CR-8R—. Lo que sea que sus padres transmitieron a mi banco de memoria, parece ser altamente valioso.

—Bueno, aun así, tú nos has sacado de allí —dijo Milo agradecido—. Y te las has arreglado para traernos aquí. Dondequiera que esté esto.

Entonces miraron, a través del cristal, la esfera esmeralda que se extendía ante ellos. La superficie se hallaba envuelta en nubes, pero a través de ellas se apreciaba un verde brillante.

—¿Todavía captas la transmisión? —preguntó Lina—. ¿Puedes captar la fuente?

Milo dio un golpecito en la pantalla colocada en la pared junto a él, y una mirada de confusión afloró a su rostro.

—Qué raro —dijo—. La señal ha desaparecido.

Lina sintió que se le caía el alma a los pies.

—Pero no puede ser —dijo ella—. Cráter, ¿es posible que el navegador nos haya traído al planeta equivocado?

El droide sacudió su reluciente cabeza.

—Las probabilidades de que una disfunción del equipo nos traiga tan cerca de un planeta habitado son aproximadamente de 3,76 millones contra una —afirmó.

—¡Espera! —dijo Milo, presionándose con fuerza el auricular—. Estoy captando algo. Déjame subir el volumen.

Volvió a tocar la pantalla y una voz resonó por toda la cabina, calmada pero insistente.

—… continuos informes procedentes de campos de internamiento en múltiples planetas —decía la mujer, casi inaudible a causa del ruido de retroalimentación—. En Kashyyyk, los wookiees que lucharon con valentía contra el ejército separatista son tratados casi como esclavos por el Imperio.

—Hasta aquí la transmisión de Dinwa Prime —interrumpió un hombre—. Terribles atrocidades han sido cometidas en nombre del Emperador. Instamos a todas las personas de estos mundos ocupados a… —La señal se desvaneció de nuevo.

—Entonces hay alguien ahí abajo —dijo Lina aliviada. Todas sus esperanzas estaban puestas en aquella misteriosa señal. Alguien ahí fuera estaba decidido a enfrentarse al Imperio. Si alguien estaba dispuesto a encontrar a sus padres, seguramente serían ellos.

—Estoy captando lecturas de formas de vida —dijo CR-8R—. Pero el escáner no detecta evidencias de grandes asentamientos, ni otras naves en tierra o en ninguna otra parte del sistema.

—Pero una nave en tierra puede estar camuflada, ¿no? —preguntó Lina—. Quien sea que está enviando la señal puede estar ahí abajo ahora mismo.

—O el Imperio podría haber llegado ya —apuntó entonces CR-8R—, para tendernos otra trampa.

Lina lo miró fijamente. El droide tenía toda la razón, como de costumbre. Pero a veces deseaba que mantuviera su metálica boca cerrada.

—No creo que tengamos elección —dijo Milo—: no llegaremos muy lejos sin un hiper-propulsor operativo.

Las propias palabras de Lina resonaron en su cabeza. ¿Podrían seguir confiando en la suerte? Pero Milo estaba en lo cierto: se habían quedado sin opciones.

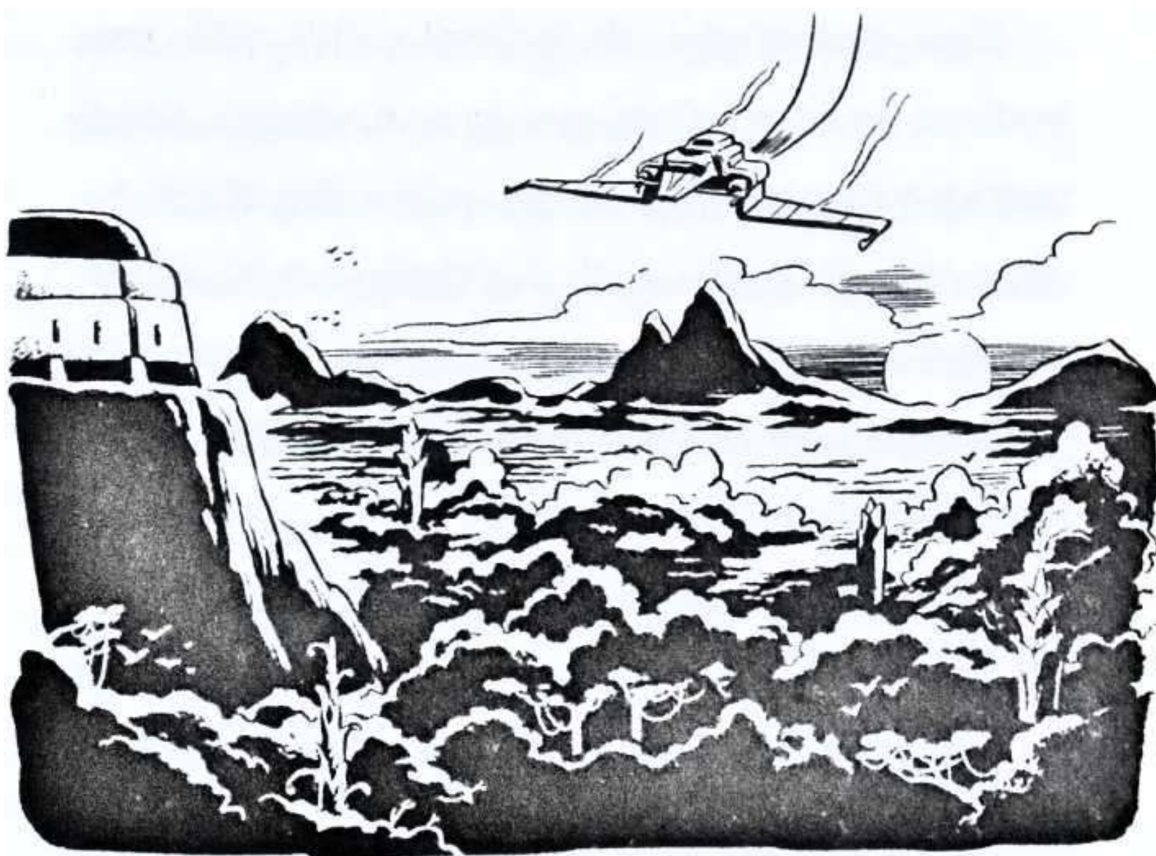
Lina tensó el cinturón de su asiento.

—Bájanos despacio, Cráter. Y preparaos para correr al primer signo de problemas.

El droide dudó, antes de agarrar la palanca de dirección.

—Esto me da mala espina.

Fue Milo el primero en ver el asentamiento. Estaba posado en lo alto de una cumbre elevada y rocosa, con vistas al valle boscoso. Era un edificio amplio, con el techo bajo y los laterales de un metal trasparente que reflejaba la luz pálida del sol. Estaba cubierto de niebla y rodeado de un muro defensivo que se alzaba sobre la misma estructura.



—Parece nuevo —observó Lina—. Y bastante lujoso.

Tenía razón. El asentamiento principal estaba construido de duracero oscuro y, en el techo plano, aparecía pintado el símbolo dorado de un ave de rapiña con las alas extendidas.

Una plataforma de cristal sobresalía por encima de la cumbre, por lo que ofrecía unas vistas espectaculares del valle. Un flujo de agua rápido había sido desviado a ambos lados del edificio central, para crear un par de grandes cascadas que brotaban por el acantilado hacia la selva.

—La señal se está intensificando —informó Milo—. Aquí debe de estar su origen.

—Pero no lo entiendo —dijo Lina—. ¿Por qué la persona que envía esas transmisiones vive en un lugar como éste? Quien haya construido esto no intenta ocultarse de nadie.

—Es horrendo —añadió Cráter—. Precisamente la típica ostentación llamativa y de mal gusto que se podría esperar de un comerciante del Borde Exterior o del propietario de una mina, no de un revolucionario.

—Estamos en las profundidades del Espacio Salvaje —comentó Milo—. Quizá piensen que nadie vendrá en busca de ellos. Vamos a volar un poco más bajo, puede que así consigamos algunas respuestas.

Descendieron lentamente, inclinando los propulsores para lograr una mejor visibilidad. Un amplio camino salía de una puerta del muro y descendía por la jungla, hasta un gran claro rectangular: una pista de aterrizaje.

—¿Eso es una nave? —preguntó Milo, señalando.

CR-8R apuntó con el escáner.

—Lo era —dijo—. Menudo desastre.

Lina miró a través de la ventana. En la base del barranco que mediaba entre la pista de aterrizaje y el edificio principal podía apreciarse un bulto negro: la estructura metálica de un transporte que se había estrellado en medio del bosque.

Una de las alas colgaba, inerte, a un lado; de la otra no había rastro.

Los árboles de alrededor habían quedado destrozados, pero no había marcas de quemaduras. Como si la nave hubiera sido partida en pedazos y abandonada.

—¿Podríamos coger las partes que necesitamos? —preguntó Milo.

—Es posible —admitió Lina—. Pero tendríamos que aterrizar en la pista e ir al lugar del accidente a pie.

—Todavía no sabemos qué ha pasado aquí —advirtió CR-8R—. ¿Y si alguien derribó la nave?

—El escáner no ha encontrado naves cercanas —objetó Lina—. Y podemos programar el *Ave Susurro* para que nos avise si detecta hasta el más mínimo asteroide en la zona.

—Y recordad la señal —comentó Milo—. Por eso estamos aquí, deberíamos al menos buscar su origen.

Lina asintió.

—Estoy de acuerdo. Una vez que estemos en tierra puedo enlazar mi comunicador para rastrearla.

CR-8R se preparó para aterrizar, a regañadientes.

—Como quieran —dijo—. Pero si todo esto acaba mal, no digan que no les advertí.

CAPÍTULO 2

LA NAVE ACCIDENTADA

Un inquietante silencio se cernía sobre la pista de aterrizaje mientras bajaban por la rampa del *Ave Susurro*. El aire era cálido y nublado, y una fina capa de niebla se extendía sobre el suelo embarrado.

La pista de aterrizaje había sido construida en mitad de la jungla, tras talar todos los árboles de un pequeño terreno. En uno de los extremos había una pequeña cabaña de madera. Junto a ella, Milo pudo ver el camino que subía hasta el asentamiento, serpenteando por los árboles. Esperaba poder explorar adecuadamente la zona una vez que hubieran registrado la nave accidentada.

CR-8R planeaba sin rumbo, como una forma nebulosa en la penumbra. Lina y Milo lo seguían, chapoteando por el barro. Morq, aferrado al hombro de Milo, chirriaba con nerviosismo y golpeaba la espalda del chico con la cola.

—Mira —dijo Milo, al ver un trozo quemado de hierba amarilla, marcado por cuatro grandes círculos—. La nave debió de despegar desde aquí, antes de estrellarse por alguna razón.

—¿Fallo del motor? —preguntó Lina.

—Puede ser —agregó CR-8R. Se detuvo por un momento—. No creo que sea conveniente que todos entremos en la selva. Quizá alguien debería quedarse en la nave.

—No es mala idea —dijo Lina, y Milo pudo ver que una sonrisa afloraba a su rostro—. Cráter, sigue adelante y revisa el lugar del accidente; puedes avisarnos desde allí.

—Buen plan, hermanita —agregó Milo—. Después de todo, uno de nosotros podría resultar herido. Un droide es mucho más resistente.

CR-8R se dio la vuelta hacia ellos.

—Ya sé que se creen muy graciosos —dijo—. Pero yo no puedo apreciarlo. Ni una pizca.

—No te preocupes, Cráter —dijo Lina con una sonrisa—. No te dejaríamos ir solo. De todos modos, no me gusta la idea de separarnos: este planeta ya es lo bastante espeluznante.

CR-8R asintió.

—Si insiste…

Las sombras se hicieron más profundas a medida que se internaban entre los árboles. Las pobladas ramas se arqueaban y bloqueaban el paso del sol.

Un enjambre de pequeños insectos azules salió volando en espiral hacia la luz cuando los torpes pies de Lina tropezaron con su nido. El aire era húmedo y estaba impregnado de olor a madera podrida.



Morq, de cuclillas sobre el hombro de Milo, miraba a su alrededor con nerviosismo. El chico estaba sorprendido: el pequeño mono-lagarto debería haberse puesto a explorar, escalando por los árboles en busca de fruta madura y huevos desprotegidos. Algo debía de estar asustándolo, pero Milo no tenía ni idea de lo que podía ser.

Se detuvieron a la orilla de un arroyo rocoso y Lina se agachó para mojarse la cara. Algunas hojas secas caían sobre el agua clara y telarañas gigantes brillaban en la penumbra, adornadas con gotas de humedad.

En algún lugar sobre sus cabezas, el grito de un ave de rapiña hendió el aire tranquilo. Milo se dio cuenta de que, aparte del zumbido de los insectos, aquélla era la primera señal de vida que captaban desde su llegada. Aquel bosque era muy silencioso, lo que empezaba a resultar inquietante.

—Aquí ha pasado algo —dijo CR-8R, flotando hacia la orilla opuesta—. Este tronco no se ha partido en dos él solo.

—¿Seguro que no ha sido el viento o algo así? —preguntó Milo, saltando de roca en roca para cruzar el arroyo—. Si alguna criatura hizo esto, está extremadamente calla…

—AUUUUUUUUUUUUUUU…

Un aullido sobrenatural se elevó a su alrededor, el origen del cual se encontraba en algún punto indeterminado de la espesa jungla. El sonido se oyó cada vez más fuerte y, de repente, se detuvo y volvió a hacerse el silencio.

—Mi mal presentimiento va a más —afirmó CR-8R, bajando el volumen de su vocalizador.

Lina se secó la cara con la manga.

—Milo, ¿tú sabes qué ha sido eso?

Él negó con la cabeza.

—Parece grande.

—Y enfadado —añadió CR-8R—. ¿Puedo sugerir que hagamos lo que hemos venido a hacer y luego nos vayamos?

—Si te refieres a coger lo que necesitemos y echar a correr —asintió Lina—, me parece un gran plan.

Se apartaron del riachuelo, bajando por una pequeña pendiente rocosa hasta la base del barranco. La nave estrellada se alzaba ante ellos.



Milo echó un vistazo y descubrió la palabra *Aventura* escrita en un costado de la nave. Se trataba de un modelo muy común en el Borde Exterior, un gran buque de carga construido para transportar mercancías pesadas.

Pero dudaba de que pudiera volver a volar: el ala del lado visible estaba partida casi por completo, dejando a la vista los cables negros. El tren de aterrizaje delantero se había desplomado, provocando que el cuerpo de la nave se inclinara hacia delante en un ángulo pronunciado. Tres cortes sesgados cruzaban todo el casco, desde la cabina hasta la

escotilla de carga en la parte de atrás. Casi parecían las marcas de una garra, pensó Milo; pero eso era imposible.

CR-8R se alzó con sus propulsores, mirando a través de las ventanas manchadas de barro.

—Parece desierto —informó—. El piloto debe de haber abandonado la nave.

El droide redujo lentamente su altura, hasta aterrizar con suavidad sobre el techo. El metal crujió y se tambaleó, aunque sólo un poco.

—Es estable —les indicó—. Pueden subir los dos.

Milo se sujetó a un cable suelto para subir hasta la parte trasera de la nave antes de volverse para ayudar a Lina. CR-8R se adentró por el abrupto agujero del techo y activó sus focos de luz. Morq bajó del hombro de Milo y se escondió en un montón de chatarra, de la que sólo sacó la cabeza para vigilar.

—¿Eso son jaulas? —preguntó Lina, señalando una estructura de acero que colgaba de una pared. Tras acercarse para mirar, se apartó asustada—. Milo, echa un vistazo.

Desplomada en el fondo de la jaula, había una figura grande, una criatura que doblaba el tamaño de un hombre. Su denso pelaje marrón era prácticamente negro a la luz de los focos de CR-8R. Milo no pudo evitar percatarse de la sangre que había en sus puntiagudas garras blancas.

Lina se acercó con cautela y empujó la jaula. La criatura no se movió.

—Creo que está muerto —susurró Milo.

CR-8R pasó una de sus extremidades por encima de la estructura y emitió una luz azul intermitente sobre el cuerpo inmóvil.

—Mi bioescáner lo confirma —dijo.

—Parece una especie de primate —señaló Milo, de cuclillas junto a la jaula. La criatura estaba tumbada de lado y con la boca abierta, revelando una hilera de dientes amarillos—. Un veermok o algo parecido. Pero son nativos de Naboo; ¿qué está haciendo aquí?

—Y lo más importante: ¿qué puede haberle hecho esto? —preguntó Lina.

—No querría alarmarles —indicó CR-8R, apuntando a un lado—. Pero miren aquí.

Una segunda jaula estaba torcida en las sombras, con las barras dobladas a los lados. A su alrededor, el suelo de la cabina estaba arañado y manchado de gotas oscuras.

Milo tocó una de ellas y los dedos se le ensuciaron de rojo.

—Supongo que había dos criaturas —dijo—. Quizá una se liberó y atacó a la otra.

—Aún podría estar cerca —advirtió CR-8R, dando vueltas con nerviosismo—. Tal vez fuese lo que produjo aquel horrible aullido.

—Por muy fuertes que sean los veermoks, no veo cómo podría haberse liberado de esos barrotes de duracero —observó Milo.

—Mirad, yo no sé qué está pasando —dijo Lina con firmeza—. Este lugar cada vez me parece más extraño. Pero hemos venido por una razón. Cráter, ¿puedes ir a la parte de delante y mirar si hay algo que podamos utilizar?

—Por supuesto, señorita Lina —dijo CR-8R, utilizando su fuerte brazo de carga para despejar el camino hacia la cabina del piloto.

Milo lo siguió, pasando por debajo de una parte abollada del casco. Podía oír cómo Morq escarbaba por la nave, graznando para sí mismo. Entonces el mono-lagarto corrió hacia él, sqjetando algo con las garras.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Milo, agachándose—. Vamos, suéltalo.

Morq hizo lo que le ordenaban y miró ansioso al chico. Era una bota. Milo, con cuidado, le dio la vuelta. ¿Pertenecía al piloto? Y si era así, ¿dónde estaba él?

Milo dejó el zapato a un lado y Morq corrió a por él, lo despedazó con el pico y se lo tragó.

—Oh, vamos —dijo Milo—. No sabes dónde ha estado. Suéltalo.

Morq lo miró y chilló a la defensiva. Retrocedió y se escabulló subiendo por una lámina del casco que había quedado suelta, y ésta se estremeció bajo su peso.

—Morq, cuidado —dijo Milo—. No querrás…

Con un estruendo, la placa volcó y su borde afilado seccionó el suelo, a pocos centímetros de donde se hallaba Milo. El chico saltó hacia atrás con el corazón palpitándole. Morq salió de un salto, olvidando la bota.

—¿Qué te he dicho? —lo regañó Milo—. Casi me aplasta.

Morq bajó las orejas, dejando escapar un gemido de disculpa.

—Si su pequeño amigo ha terminado de provocar destrozos —dijo CR-8R desde el otro lado del hueco—, tengo una noticia buena y otra mala. ¿Cuál desean primero?

—La buena, supongo —dijo Lina encogiéndose de hombros.

—La buena noticia es que la cabina del piloto apenas presenta daños —informó el droi-de—. El hiperpropulsor parece estar de una pieza y el acoplamiento puede ser compatible.

—Genial. —Lina se alegró—. ¿Cuál es la mala noticia?

—He podido comunicarme con el ordenador de a bordo —continuó CR-8R—. No le ha gustado que husmeara; estos viejos cargueros pueden ser muy desagradables. Si supiesen la clase de lenguaje que ha utilizado…

—¿Qué te ha dicho, Cráter? —lo interrumpió Lina impaciente.

—Me ha explicado, con toda claridad, que el accidente no se debió a un fallo del motor ni de nada intrínseco a la nave. No fue culpa suya, en otras palabras.

—¿Por qué es una mala noticia? —preguntó Milo.

—Por el informe final de los sensores externos —le dijo CR-8R—. La *Aventura* recibió un golpe en un costado, un impacto físico que la derribó.

—¿Un disparo láser? —preguntó Milo.

—No he visto ninguna marca de quemadura —dijo Lina—. Sólo aquellas extrañas marcas en el exterior de la nave.

—Creo que… Esperen —dijo CR-8R bruscamente—. Estoy recibiendo una señal del *Ave Susurro*. Otra nave acaba de salir del hiperespacio y se encuentra en las proximidades del planeta.

Milo intentó llegar hasta la cabina del piloto, pero la placa metálica que había caído le impedía el paso.

—¿Es del Imperio? —preguntó.

—No estoy seguro —respondió CR-8R desde la cabina—. El modelo no parece encontrarse en mis registros. Pero una lanzadera se ha desprendido de la nave principal y está descendiendo con velocidad.

—El Imperio —dijo Lina con resolución—. Nos han encontrado. Cráter, pon en marcha tus circuitos.

Se oyó un crujido metálico, debido a los esfuerzos que hacía CR-8R para apartar la placa que Morq había volcado. Pero estaba atascada.

—Pesa demasiado —dijo el droide—. Voy a tener que cortarla. Váyanse.

—No te dejaré —insistió Lina—. ¿Qué pasará si los soldados de asalto te encuentran?

—Me camuflaré como parte de los restos de la nave —respondió CR-8R—. No debería ser muy difícil.

Milo escudriñó el cielo oscuro y vio un punto negro por encima de ellos, cada vez más grande. El corazón le latió con fuerza.

Morq chilló y corrió hacia Milo, pero éste le indicó que se detuviera: estaría más seguro allí que en cualquier otro lugar de la jungla.

—Quédate, chico —dijo—. Cuida de Cráter.

—¡Lo mantendré a salvo! —gritó el droide—. Ahora, señor Milo, por favor, corra. Antes de que sea demasiado tarde.

Milo se dejó caer al suelo y siguió a Lina entre los árboles.

CAPÍTULO 3

EL PABELLÓN

Lina y Milo, de vuelta en la selva, treparon por una pendiente rocosa. El estruendo de los motores retumbó a su espalda. Lina miró hacia atrás y vio entre las ramas una sombra que caía sobre la nave accidentada. Los árboles se sacudieron y ambos hermanos se cubrieron los ojos para protegerse del aire cálido que se precipitó sobre ellos.

Una lanzadera brillante y puntiaguda descendía hacia el lugar en el que se había producido el accidente, negra y dorada, con rodamientos de platino y ocho motores de iones. Parecía de primerísima calidad: cada pieza era tan lujosa como el asentamiento que habían avistado desde el aire.



Lina sintió una oleada de alivio: ésa no era una nave imperial. A través del cristal de la cabina pudo apreciar una alta figura que se inclinaba sobre los controles.

Los propulsores rugieron y la nave planeó sobre los restos del accidente. La rampa trasera se abrió y aparecieron dos figuras que se agacharon en el borde de la trampilla. Una era delgada y vestía de negro, con la cara oculta tras una máscara ajustada que le resultaba extrañamente familiar. La otra figura era más pequeña y pesada, y bajaba agarrándose al costado de la lanzadera.

La más alta saltó primero y aterrizó de pie, con facilidad, sobre el techo de la nave averiada. La segunda fue más torpe, pues se dejó caer y rodó sobre su espalda. La primera figura miró a su alrededor, inspeccionando la línea de los árboles.

Lina retrocedió en la sombra, maldiciendo su propia estupidez: podrían haberla descubierto con facilidad. Que no fueran soldados de asalto no significaba que aquellos recién llegados no fueran peligrosos.

Empezaron a subir por la ladera, golpeándose la cara contra las hojas a medida que caminaban. Lina oyó cómo la nave volvía a elevarse y, al alzar la vista, vio que se dirigía a la pista de aterrizaje. Imposible regresar al *Ave* sin ser vistos.

Se oyó un crujido amortiguado.

—Señorita Lina —dijo una voz, sobresaltándola—. Señorita Lina, ¿puede oírme?

Lina buscó en su bolsillo, del que sacó su pequeño comunicador.

—Cráter, ¿qué pasa?

—Todavía estoy en el interior de la cabina de la *Aventura* —dijo la voz del droide—. Dos personas han entrado y están inspeccionando los restos.

—Te van a oír —advirtió Milo.

—No se preocupe, señor Milo —le dijo CR-8R—: he desconectado mi vocalizador externo y estoy conectado directamente al comunicador.

—Inteligente —apreció Milo.

—¿Puedes redirigir también tus sensores auditivos? —preguntó Lina—. Así podríamos escuchar su conversación.

—Buena idea, señorita Lina —convino CR-8R—. Lo haré enseguida.

Se oyó un clic seguido de un largo silencio. Entonces pudieron distinguir el sonido de unos pasos.

—Definitivamente alguien ha estado aquí —dijo una apagada voz de hombre, produciendo eco—. Mire, jefe, un zapato.

—Ésa es la bota de Meggin, cerebro de chorlito —espetó una mujer, cuya voz sonó amortiguada—. Reconocería ese zapato en cualquier lugar. Pero tienes razón: quienquiera que aterrizó en aquella nave, ha estado husmeando por aquí. Puedo olerlos.

Lina se estremeció sin querer: sabía que era probable que apestaran a repelente thuniano, pero aun así aquello no era normal.

Entonces recordó la máscara que llevaba la mujer. Sabía que había visto una como ésas con anterioridad y ahora recordaba dónde: en aquel viaje a Ikari, hacía aproximadamente un año, donde un anciano de la aldea poseía una máscara que le permitía ver, oír y oler con más intensidad que cualquier otro miembro de la tribu. Eso lo convertía en un temible cazador.

—Corin —estaba diciendo la mujer—, ¿qué has encontrado en la otra nave?

—No hay signos de vida —respondió una voz quebrada—. También está prácticamente destrozada. El hiperpropulsor está gravemente dañado.

—Carroñeros —dijo la mujer—. Buscando repuestos en mi nave. Pero ¿qué clase de chatarreros haría un camino tan largo hasta aquí?

—¿Y por qué le harían esto a *la. Aventura?* —preguntó el primer hombre.

—No seas tonto, Bort —dijo la mujer—. Estos daños no los han provocado ellos. Mira, está claro que estas marcas son de garras: lo ha hecho uno de los monstruos de Meggin.

—¿Cree que todavía estará por aquí? —preguntó su compañero, y Lina pudo notar un matiz de preocupación en su voz.

La mujer resopló.

—No seas tan patético —gruñó—. Creía que erais mercenarios, la peor escoria de la galaxia. Me dijisteis que os buscaban en siete sistemas, y ahora te asustas por una bestia torpe con más dientes que neuronas.

—Sí, jefa —dijo el hombre con indecisión.

—Vayamos a la pista de aterrizaje para echar un vistazo a esa nave —continuó la mujer—. Esos ladrones no van a salirse con la suya.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó entonces el hombre.

—¿Te lo tengo que explicar todo? —suspiró la mujer—. Dispararles, por supuesto.

Se oyeron pasos alejándose; entonces la voz de CR-8R emergió de nuevo.

—Vaya, no parece muy amigable —dijo—. Y me temo que su compañero no tiene mucha mejor pinta. No era un hombre grande, pero parecía llevar un bláster aproximadamente del tamaño del señor Milo.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Milo—. No podemos volver al *Ave,* estarán esperándonos.

—Entonces sólo hay un lugar al que ir —dijo Lina—. Seguiremos esa transmisión. Es nuestra única esperanza.

Lina y Milo se abrieron paso entre una última hilera de árboles y se encontraron junto a un ancho camino lleno de hierba, el mismo que habían visto mientras sobrevolaban el lugar. Lina sabía que, si lo seguían colina arriba, pronto llegarían al asentamiento.

Empezaron a caminar por la pendiente, protegiéndose los ojos del sol. El edificio se podía apreciar en el horizonte, con el techo negro encorvado y envuelto por el vapor de las cascadas a ambos lados. Un poco más abajo se situaba la valla perimetral, más alta que la mayor parte de los árboles y hecha de puro duracero; una muralla impenetrable.

Salvo que algo había logrado penetrar en ella. En el lado más alejado del camino, algo había hecho un gran agujero, un hueco que ocupaba prácticamente toda la altura del muro. Habían empujado el duracero, como una hoja de papel doblada por una mano gigante. Lina vio tres grandes arañazos en él y recordó las marcas en el casco de la *Aventura*.

—¿Qué ha podido hacer algo así? —le preguntó a Milo mientras se acercaban.

El sacudió la cabeza como respuesta.

—No tengo ni idea —admitió—. Pero, fuera lo que fuese, debía de ser muy grande.

Subieron con cautela por el hueco de la valla, alertas a cualquier movimiento. Lina sacó su comunicador para escanear la frecuencia de radio. La transmisión iba y venía, pero era más intensa si el aparato apuntaba directamente hacia el edificio que tenían delante.

—… el Imperio hará todo lo que esté en su mano para darnos caza —decía la mujer, llenando la quietud de la selva con su voz—. Pero nos mantendremos firmes, resistiendo todos los esfuerzos por…

Lina apagó el comunicador.

—Tiene que ser aquí.

A medida que avanzaban percibieron un olor a podrido en el aire, como una mezcla de gases de pantano y carne descompuesta. Lina vio que Milo se tapaba la nariz y hacía una mueca.

—¿Qué es eso? —preguntó Lina—. Es repugnante.

—Viene de esta porquería que hay por todos lados —observó Milo—. Me gustaría saber qué es lo que la produce.

Lina se había percatado del pálido y pegajoso líquido que salpicaba toda la hierba, pero no se le había ocurrido relacionarlo con el asqueroso olor.

—Justo cuando empezaba a pensar que este planeta no podía más extraño —expuso ella, mientras esquivaba un gran charco de aquella cosa.

—Todavía no has visto nada —susurró Milo—. Mira.

Lina levantó la cabeza y tuvo que contener un grito: desde el aire sólo habían podido ver la parte frontal de la estructura, las ventanas con láminas de vidrio y el techo de duracero. El resto había permanecido oculto por la niebla. Si lo hubieran visto, pensó ella, se lo habrían pensado dos veces antes de aterrizar.

Parecía como si algo hubiera arrancado de cuajo un trozo del lugar: la parte trasera era poco más que escombros, una mezcla de madera destrozada y acero retorcido. El techo estaba doblado como la valla perimetral, y las ventanas estaban hechas añicos de arriba abajo.

—Empiezo a pensar que esto ha sido una mala idea —murmuró Milo.

—Yo también —dijo Lina—. ¿Estás diciendo que quieres volver?

Milo negó con la cabeza.

—No he oído nada deambulando por aquí —dijo—. Creo que sea lo que sea que hizo esto, ya se ha ido. Y tenemos que encontrar el origen de la señal.

—Pero ¿cómo se supone que vamos a entrar? —preguntó Lina, contemplando el montón de ruinas.

—Por ahí abajo —sugirió Milo, señalando un estrecho orificio en el suelo, separado de la parte más ruinosa—. Tiene que llevar a una bodega o algo así. Quizá podamos bajar y acceder a la casa desde allí.

Lina vio una escalera metálica que se adentraba bajo tierra. Escaneó con el comunicador. La señal seguía llegando alta y clara.

Estaban a punto de alcanzarla cuando un repentino movimiento los hizo mirar hacia arriba: un montón de ladrillos cayeron al suelo, seguidos por un ruido muy leve y una ráfaga de aquel olor fétido y nauseabundo.

—Hay algo por ahí —explicó Lina, y Milo asintió.

—Creo que lo he visto antes —añadió él—: una especie de roedor, no más grande que una mano. No me ha parecido peligroso.

Lina frunció el ceño.

—Pues si algo intenta morderme, te echaré la culpa.

Al pie de la escalera había una puerta entreabierta que Milo empujó. Al otro lado había una habitación con seis paredes de acero, donde se encontraban varios ordenadores y monitores.

Las luces blancas de la sala se encendieron automáticamente cuando entraron, pero la habitación estaba desierta. Como todo el planeta, pensó Lina. En el centro había un foso profundo y miraron por el borde, sujetados a la barandilla. Una pálida luz azul emanaba desde abajo, y oyeron una profunda y potente vibración; se trataba de una fuente de energía.

—Esto debe de ser el centro de control —dijo Lina—. Mira, aquí están las luces, la calefacción y los sistemas de seguridad. Pero no veo el enlace de comunicaciones. Debe de haber otro núcleo, en otro lugar del edificio.

Salieron de la habitación por un estrecho umbral, en el otro extremo de la sala, y aparecieron en un largo pasillo de hormigón con luces instaladas en el techo. A través de una escotilla en la pared pudieron ver una enorme cocina, un laberinto de relucientes superficies metálicas. Todo parecía impecable y sin estrenar.

Un impresionante par de puertas de madera apareció ante ellos. La de la izquierda estaba abierta, así que Milo dio un paso para traspasarla. Abrió la boca sorprendido.

—Vaya, mira esto —dijo.

Se encontraban ante una habitación enorme, con el techo alto y el suelo de madera oscura y barnizada. Una gran lámpara de araña colgaba sobre ellos, resplandeciente a causa del oro y el cristal. Pero eso no fue lo que captó la atención de Milo.

De arriba abajo y de un lado al otro, las paredes estaban decoradas con cabezas de animales de todos los tamaños y especies imaginables. Desde nexus peludos hasta escamosos dewbacks, desde el magnífico plumaje de un varactyl hasta la mueca salvaje de un rancor, criaturas provenientes de todos los sectores de la galaxia habían sido embalsamadas, colgadas y presentadas en exhibición.

Algunos de los ejemplares más pequeños se habían conservado intactos. Lina vio un mynock suspendido del techo, con sus alas extendidas en vuelo. Y había una cría de narglatch, con las garras lista para atacar; sus ojos de cristal parecían estar fijos en Lina, y ella no pudo evitar apartar la mirada.

Sacó el comunicador de su bolsillo, pero Milo la agarró del brazo.

—No lo enciendas —dijo en voz baja.

—¿Por qué no? —preguntó Lina.

—Por eso —dijo Milo, señalando con un dedo tembloroso.

Lina miró, pero lo único que vio fue otra de esas criaturas embalsamadas, grande y peluda, con dientes afilados y ojos inyectados en sangre.

—¿Qué? —dijo—. No veo na…

La criatura parpadeó.

Lina saltó hacia atrás, se golpeó contra la pared y reprimió un grito de sorpresa.

—Quédate quieta —advirtió Milo—. Quizá no nos vea.

Lina se quedó helada, cogida de la mano de Milo. Las palabras de la mujer enmascarada resonaron en su cabeza. ¿Qué había dicho? ¿Los monstruos de Meggin?

—Es un veermok —susurró Milo—. Éste tiene que ser el que escapó de la *Aventura*.

—¿Son agresivos? —preguntó Lina.

Milo asintió.

—Mucho.

La criatura de la nave le había parecido lastimera, tirada como un trapo en el suelo de la celda. Pero este veermok estaba vivo y coleando, y apretaba sus grandes dientes mientras los miraba fijamente.

Dio un paso al frente, olfateando el aire. Tenía fuertes antebrazos negros, que golpeaban las tablas del suelo a medida que se acercaba a ellos. Entonces el veermok bajó la cabeza.

—¡Vamos! —gritó Milo, agarrando a Lina y llevándola de vuelta al pasillo.

Oyeron el rugido y la estampida que provocó la criatura cundo empezó a perseguirlos, destrozando las tablas del suelo a su paso.

Avanzaron por el pasillo hasta llegar a la sala de control, rodeando a gran velocidad el pozo para llegar a la escalera. El veermok, que intentó pasar por la estrecha puerta, rugió al descubrir que sus anchos hombros se habían quedado atascados. Sacudió su enorme cuerpo y destrozó el marco de la puerta, provocando una lluvia de hormigón al liberarse.



Lina siguió a Milo hacia la luz y, al echar un vistazo hacia atrás, vio que el veermok salvaba el hueco del centro con un simple salto. Pero, al llegar a lo alto de la escalera, Lina resbaló en un charco de aquel líquido pestilente y se cayó.

Lanzó un grito cuando impactó contra el suelo, esperando sentir en cualquier momento cómo las garras de la criatura se ceñían alrededor de su tobillo.

Pero eso no ocurrió. Rodó sobre su espalda y levantó la cabeza. El veermok se había quedado al pie de la escalera, mirando la luz. Por primera vez, Lina se percató de que el pelaje de la bestia estaba lleno de sangre: una herida abierta partía de su cuello y recorría su brazo derecho, como si algo con garras afiladas lo hubiese atacado. También tenía marcas en el pecho y en las piernas.

Los ojos del veermok estaban rojos y húmedos. Había algo en ellos, pensó Lina. Algo que no tenía nada que ver con el hambre o la furia. ¿Acaso estaba asustado? Pero ¿qué podía asustar a una bestia de ese tamaño?

El veermok bajó la cabeza, demostrando su tentativa de acercarse a la luz. Lina sabía que tenía que levantarse e intentar correr. Pero también sabía que no le serviría de nada. Ahora estaban afuera, no había lugar donde esconderse.

La bestia llegó al final de la escalera y se alzó sobre Lina, que retrocedió conteniendo la respiración. Milo ahogó un grito.

El sonido de un disparo de bláster cruzó el aire. El veermok se sobresaltó, con una mirada de desconcierto.

Entonces cayó, inclinándose hacia delante como un árbol talado. Lina rodó justo en el momento en que la cara de la bestia se estrellaba contra los escombros.

Oyó pasos y, al volverse, vio una figura de negro que avanzaba hacia ellos dando zancadas, con un rifle alzado. Llevaba un pájaro de oro con las alas abiertas estampado en el pecho.

La mujer bajó el rifle y se quitó la máscara sensorial. Su cabello rojo cayó alrededor de su pálido y despiadado rostro.

Entonces se volvió hacia Lina y Milo y los observó con sus fríos ojos azules.

—¿Quiénes sois? —exigió—. ¿Y qué estáis haciendo en mi planeta?

CAPÍTULO 4

STINKERS

—Moveos —gruñó la mujer con el pelo rojo, moviendo su rifle. Llevó a Milo y a Lina a través de los escombros, hasta donde aguardaba una pálida figura.

—No son más que niños —dijo con desprecio mientras se acercaban.

Era alto y delgado, con la piel verdosa y los ojos enrojecidos. Un mercenario pau'ano, dedujo Milo con un estremecimiento. ¿Cómo lo había llamado la mujer? ¿Corin?

—Pero ¿qué están haciendo por aquí? —El tercer hombre se acercó a ellos dando zancadas, con el rostro lleno de sudor—. ¿Les ha preguntado? —Sobre su hombro llevaba apoyado el bláster más grande que Milo había visto. Ése debía de ser Bort.

La mujer miró expectante a los niños.

—Contestadle —dijo—. ¿Qué os da derecho a aterrizar en mi planeta?



Lina resopló desafiante.

—Los planetas no son de nadie.

La mujer se enfureció.

—Esto es el Espacio Salvaje. Aquí, lo que encuentras, te lo quedas. Yo encontré Xirl y tengo intención de quedármelo. Me llamo Gozetta y soy quien manda aquí. Así que lo preguntaré de nuevo: ¿cómo os llamáis y qué estáis haciendo?

—No le digas nada, Lina —musitó Milo. Luego tragó saliva, al darse cuenta de lo que acababa de decir.

Gozetta sonrió débilmente.

—Lina, ¿no? —repitió—. ¿Cómo te llamas tú, pequeño?

Milo consideró la posibilidad de inventarse algo, pero supuso que aquello no cambiaría demasiado las cosas.

—Milo —respondió—. Y no soy tan pequeño.

La mujer rio.

—Un chico valiente —dijo—. Tus padres deben de estar orgullosos. ¿Dónde están? —dijo mientras observaba la línea de árboles.

—Están cazando —dijo Milo—. Llegarán en cualquier momento. Y el resto de nuestro equipo. Han cogido todas las armas para ir a buscar la cena.

—Lo siento, niño, pero no me lo creo —dijo Gozetta—. He visto vuestra nave: tiene capacidad para cuatro personas. Y vosotros dos parecéis… perdidos. ¿Qué clase de padres os permitirían vestir con esos sucios trapos? Podría haber captado vuestro olor a un kilo-metro de distancia, incluso sin esto. —Alzó la mano con la máscara.

—Deja que nos vayamos —dijo Lina—. Nos marcharemos y no volverás a vernos por aquí, lo prometo.

Gozetta entornó los ojos.

—¿Sin hiperpropulsor? No, estáis metidos en algo y pienso descubrir qué es. No puede ser una coincidencia que aparezcáis justo cuando mi gente desaparece de forma misteriosa y ocurre todo esto. —Señaló con la cabeza hacia la devastación que los rodeaba.

—¿Qué puede haber hecho todo esto? —preguntó Milo, incapaz de resistirse.

Gozetta sacudió la cabeza.

—Hay varias posibilidades —contestó ella—. Verás, este planeta no es exactamente como los demás.

—¿Te refieres a las criaturas? —preguntó Milo—. Lo de allí atrás era un veermok, ¿verdad?

Gozzeta lo inspeccionó con atención.

—Eres muy astuto, ¿verdad? —dijo—. Sí, tienes razón; según el último recuento, tengo dos de ellos, además de dos rancors, un dragón krayt y cuatro gundarks. Estos deben de haber sido los responsables de los daños de la *Aventura*: esas cosas pueden saltar muy alto.

—Nunca había oído a hablar de gundarks que atacaran una nave en el aire —dijo Milo—. En tierra, quizá, pero la *Aventura* ya había despegado. Además, para hacer ese agujero en tu valla harían falta treinta gundarks.

La mujer se encogió de hombros.

—La biología no es mi especialidad —dijo—. Meggin es el experto. Su trabajo es mantenerlos vivos; yo… hago lo contrario.

—Tú los cazas —dijo Lina, empezando a relacionar todo lo que había visto. La máscara, las jaulas… Todo encajaba—. Hemos visto todas esas cabezas de ahí dentro. Es tu pabellón de caza, ¿no? Traes esos animales aquí, los dejas sueltos y sales a matarlos.

Gozetta levantó las manos.

—Me has pillado —confesó—. Soy cazadora, como mi padre, y como el padre de mi padre. Esas cabezas son el resultado de una vida de trabajo, en un centenar de planetas.

—Mi padre me dijo que la caza era un gran negocio —dijo Milo—. Para quienes son lo bastante mezquinos y cobardes como para querer hacerlo.

—Un hombre inteligente —añadió Gozetta—. No soporto las reservas turísticas: bajo constante vigilancia, sólo disparas a aquello alo que te permiten disparar. Eso no es cazar, es un juego de niños. —Miró hacia las colinas cubiertas de árboles—. Aquí somos sólo ellos y yo. Nadie me dice qué, cuándo o cómo tengo que matar. Cuando haya terminado, este planeta estará plagado de bichos, reproduciéndose y creciendo, listos para ser cazados. Xirl es el planeta perfecto para ello. No hay formas de vida autóctonas más grandes que una serpiente.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Milo, mirando de nuevo al agujero en la valla.

La cara de Gozetta se oscureció.

—Ya te lo he dicho: son gundarks —gruñó.

Pero se le notaba en la voz que no estaba muy convencida.

De pronto se oyó algo que escarbaba a su espalda, y Gozetta se volvió con el rifle en alto. Un disparo surcó el aire y ella sonrió con frialdad.

—Te tengo.

Se dirigió a la parte trasera de una montaña de escombros, con Milo pisándole los talones. Una pequeña criatura yacía con las patas apuntando al cielo. Era casi tan larga como el brazo de Milo, con la piel escamosa y un largo cuello coronado por una cabeza triangular.

—¿Tenías que matarlo? —preguntó Milo a la mujer en tono acusador.

Ella se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho, niño, me dedico a eso. —Le dio un puntapié a la criatura, arrugando la nariz—. Supongo que ya sabemos de dónde venía ese desagradable olor.

Milo se puso en cuclillas.

—Debe de segregar esa sustancia pegajosa para marcar su territorio —explicó—. Me pregunto de dónde vienes, pequeño amigo. Y si hay otros como tú por aquí cerca.

—Eh, mira arriba —dijo Lina, y Milo levantó la cabeza.

Al otro lado de la casa había una estructura alta, ancha en la base y estrecha en la parte superior, con una larga aguja de plata en la punta. Por un momento Milo pensó que estaba viva, al ver que toda la superficie parecía retorcerse. Entonces se dio cuenta de que cada centímetro estaba cubierto de pequeñas criaturas, unas encima de las otras como en una colmena.

—Creo que no me encuentro bien —dijo Bort, mirando con horrorizada fascinación.

La estructura había empezado a inclinarse bajo el peso de las criaturas, mientras los soportes de metal crujían.

—¿Eso es lo que creo que es? —susurró Milo, acercándose a su hermana.

—Una baliza de transmisión —asintió Lina—. ¿Has oído lo que ha dicho Gozetta? Se ha referido a «su gente». Debía de haber más personas trabajando en el pabellón.

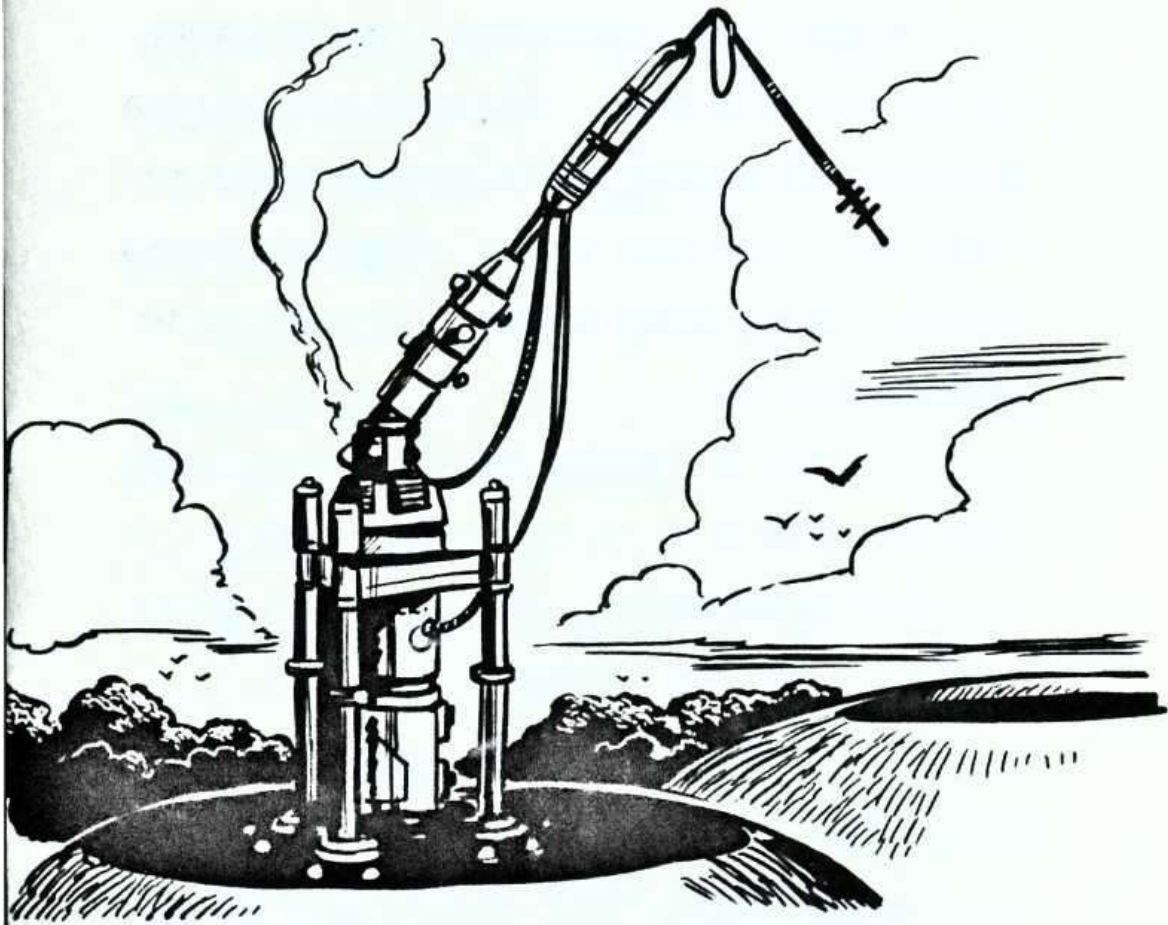
—¡Salid de ahí! —La cazadora se dirigió hacia la torre con el rifle levantado y disparó tres veces consecutivas. Varias criaturas cayeron muertas al suelo, pero el resto la

ignoró y correteó por la estructura—. ¡Pequeños stinkers apestosos! —gritó Gozetta antes de disparar de nuevo.

—Jefa, ¿está segura de que eso es prudente? —preguntó Bort—. Esa cosa no parece demasiado estable.

Gozetta lo ignoró y siguió disparando, enfadada. Oyeron que un disparo impactaba contra la torre y que ésta emitía un lento y largo crujido.

Gozetta se apartó a un lado justo cuando la baliza cayó desplomada, aplastando a más criaturas bajo su peso y levantando una nube de polvo.



Por un momento, se hizo el silencio. Entonces Gozetta dejó escapar un grito lleno de ira y frustración.

—¡Ya he tenido suficiente! —gritó, clavando los pies en el suelo—. He dedicado meses a construir este lugar, me he gastado todos mis créditos… —Levantó su rifle y disparó a ciegas al aire—. ¡Este planeta es mío! —gritó con todas sus fuerzas.

Lina sacó el comunicador de su bolsillo, pero no captó nada más que ruido blanco.

—Así que ya sabemos que la señal venía de esa torre —dijo en voz baja.

—Ahora sólo tenemos que averiguar quién la enviaba —agregó Milo.

—Mirad todos —dijo la voz de Corin. El polvo empezaba a desaparecer y, a través de él, se veía más allá de la torre de transmisión destruida, donde la valla perimetral presentaba un segundo orificio, todavía más grande. Detrás, un rastro de devastación y árboles destruidos conducía a lo largo de la cresta, por el interior de la selva.

Mientras observaban, los stinkers se apartaron de la torre para volar en dirección a la brecha de la valla.

—¿Adonde van? —preguntó Bort, rascándose la cabeza.

—No lo sé —respondió Gozetta, con los ojos entornados—. Pero algo me dice que ese camino lleva directamente a lo que ha destruido mi pabellón.

—¿Ya no cree que hayan sido los gundarks? —preguntó Corin.

Gozetta negó con la cabeza.

—El chico tiene razón —dijo—: nada de lo que he traído aquí podría haber hecho eso. Tiene que haber sido algo que lleva ahí todo el tiempo, sólo que nosotros no lo hemos visto.

—Esa cosa ha derribado una nave entera y ha hecho un agujero en la valla de duracero —objetó Bort—. Dos agujeros, de hecho. Tiene que ser grande.

—Indudablemente —dijo Gozetta, con el fusil al hombro—. Pero, como he dicho antes, yo encontré este lugar y tengo intención de quedármelo. No dejaré que un estúpido animal venga y me lo quite.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Milo.

—Lo que me enseñó mi padre —dijo Gozetta con orgullo—. Voy a cazar, voy a capturar y voy a matar. Así que levantad el culo, porque vosotros venís conmigo.

CAPÍTULO 5

LA CUEVA

—Esto no me gusta, señorita Lina —dijo la voz de CR-8R a través del comunicador—. No me gusta nada.

—Ni a mí, Cráter —susurró Lina—. Pero ¿qué se supone que tenemos que hacer nosotros? No son el Imperio, pero aun así tienen blásters.

—Mientras usted y el señor Milo estén a salvo… —dijo el droide.

—Él está bien —afirmó Lina—. En realidad me parece que está empezando a disfrutar de todo esto, con todas esas nuevas formas de vida que descubrir. Le he pedido que mantenga distraída a esa mujer para poder hablar contigo.

Miró por la ladera donde Milo y Gozetta estaban inspeccionando la selva, o lo que quedaba de ella. La criatura había dejado una estela de destrucción, arrancando árboles y dejando grandes surcos en la tierra. Y los pequeños stinkers la habían seguido, impregnando con su fétido olor el seco y cálido aire.

Lina pudo ver cómo un grupo de ellos se comunicaba y llevaba lo que parecía ser una pierna de carne curada de bantha por el destrozado camino. Habían saqueado la despensa de Gozetta, y el bosque estaba lleno de fruta a medio masticar y paquetes de plástico vacíos. No podía dejar de pensar en aquella vieja historia que su madre le solía contar, sobre los niños que seguían el camino de caramelos por el bosque y acababan metiéndose en serios problemas.

—Bueno, tengo algunas noticias —le dijo el droide—. He conseguido liberarme y estoy a punto de empezar a transportar las piezas del hiperpropulsor al *Ave Susurro*.

—Eso es genial —dijo Lina sonriendo—. ¿Cuánto tardarás en repararlo?

—Creo que unas cuantas horas —le confesó CR-8R—. Más tiempo si el compañero peludo del señor Milo no deja de interponerse en mi camino.

—¿Morq está bien, entonces? —preguntó Lina.

—Desgraciadamente, sí —dijo CR-8R con resentimiento—. Mi ferviente deseo de que se encuentre con otra placa suelta sigue sin verse satisfecho.

—Cráter —Lina rio—, no seas desagradable.

—Eh —dijo una voz desde el camino, y Lina levantó la cabeza de inmediato. Bort gesticulaba con su bláster—. Muévete.

Lina le dedicó su sonrisa más inocente.

—Detrás de ti —dijo—. Sólo soy una niña, ¿recuerdas?

El hombre bajito frunció el ceño, pero le dio la espalda y caminó en dirección al grupo.

—Estaremos en contacto —susurró Lina—. Haz todas las reparaciones que puedas. Volveremos pronto, te lo prometo. —Apagó el comunicador y se apresuró a alcanzar a los demás.

—Sólo una niña —repitió Bort cuando Lina llegaba a su lado—. No es la primera vez que oigo eso: mi pequeña solía decirlo, justo antes de meterme en los mayores problemas… —Se interrumpió, sonriendo para sí.

—¿Tienes una hija? —preguntó Lina sorprendida.

—¿Pensabas que los mercenarios no teníamos familia? —replicó Bort—. Va a entrar en la Academia este año. Entrenamiento para Oficiales. —Habló con orgullo, así como con un atisbo de duda.

—Apuesto que lo hará genial —le aseguró Lina.

—Seguro que sí —refunfuñó él—. El Imperio sabe qué es lo mejor para todos nosotros. —Se quedó en silencio por un momento, contemplando los árboles—. Vamos a alcanzar a la jefa.

—… y me parecía extraño que este planeta no tuviera depredadores —le estaba contando Milo a Gozzeta cuando Lina llegó corriendo tras ellos—. Cada ecosistema debe tener al menos uno, ¿no?

—Supongo —dijo Gozetta pensativa—. Pero ¿por qué no aparece en el bioescáner? ¿Por qué no lo hemos visto antes? Tardamos semanas en construir el asentamiento, y no vimos nada.

—Yo tengo una teoría —anució Milo con alegría.

—Claro que la tienes —musitó Gozetta.

—Antes, en el pabellón —explicó Milo—, esos… lo que sea, esos stinkers, estaban por toda la torre de transmisión. Si los pequeños y el grande están relacionados de alguna manera, quizá también fue atraído por la torre, como los bichos. Quizá hay algún tipo de señal que los atrae, como el sonar.

Gozetta asintió.

—Las comunicaciones sólo han estado operativas la última semana —dijo—. Sata, mi experta en tecnología, estuvo realizando algunas pruebas.

—Eso lo explicaría —dijo Milo, y lanzó una significativa mirada a Lina. Tenían que encontrar a esa tal Sata. Si todavía seguía con vida.

El aire cada vez era más enrarecido a medida que ascendían, dejando atrás las nubes y subiendo por la meseta de una oscura roca volcánica que se elevaba por encima de la jungla. El sol caía a plomo y Lina podía sentir el sudor bajando por su espalda.

A su alrededor se percibía el parloteo de los stinkers y el asqueroso olor que desprendían. Lina se dio cuenta entonces de que no habían saqueado la despensa de Gozetta para su propio beneficio, sino que lo estaban transportando todo, desde los botiquines hasta las llaves hidráulicas, cuanto más brillante mejor. Un grupo particularmente bien organizado llevaba una vajilla completa, con platos de oro y copas que se zarandeaban a través del sendero.

Dos stinkers se peleaban por una bota sucia, gruñendo y silbándose entre ellos. Uno golpeó al otro, le arrebató su trofeo y lo custodió con ferocidad.

—¿Te has fijado en que hay dos tipos de stinkers? —preguntó Milo, deteniéndose junto a Lina—. Los más grandes tienen más brazos. Pero creo que son de la misma especie. Muy extraño.

Lina miró un poco más de cerca y vio que su hermano tenía razón: el más pequeño, el que agarraba la bota sucia, tenía cuatro patas, una cola corta y una piel pálida y correosa. Los más grandes tenían dos extremidades más, terminadas en pinzas. Su piel era más oscura, dura y segmentada.

Un stinker grande atacó y el otro retrocedió, protegiendo el zapato contra su escuálido pecho. Ala vista de Lina, el grande se alzó con la boca abierta, mostrando una hilera de dientes afilados.

Entonces, sin previo aviso, algo salió disparado: la lengua de la criatura, larga y rosa, se movió como un rayo y se envolvió alrededor de la bota para tirar de ella.

El stinker pequeño daba saltos, furioso, pero el grande se había hecho con el zapato y no iba a dejarlo escapar.

—Eh, yo reconozco eso.

Gozetta se agachó, cogió el zapato y agitó al stinker para que lo soltara. Éste la miró fijamente, chirriando y gruñendo. Gozetta intentó darle una patada y el bicho huyó bajo tierra asustado. El pequeño sonrió y se alejó.

Gozetta frunció el ceño.

—Es la otra bota de Meggin —dijo, dándole la vuelta—. Supongo que esto resuelve ese misterio. —El zapato estaba rasgadó de arriba abajo, y manchado de la sustancia viscosa de los stinkers y de un líquido más oscuro.

—¿Cree que… esa cosa lo capturó? —preguntó Bort, incapaz de disimular el temblor de su voz.

—Desde luego, eso espero —espetó Gozetta—. Y lo mismo vale para los demás del pabellón.

—¿Tú… lo esperas? —preguntó Lina con asombro—. ¿Por qué?

Gozetta sonrió fríamente.

—Porque la otra posibilidad es que abandonaron sus puestos y huyeron a la selva. Y no puedo soportar la cobardía. —Le lanzó una mirada acusadora a Bort.

Lina apartó la vista para fijarse de nuevo en el camino que llevaba al asentamiento. Había conocido a personas egoístas, pero Gozetta se llevaba la palma.

—Aquí arriba —dijo una voz. Corin estaba haciéndoles señas, un poco más arriba en el camino.

Sobre él se cernía la empinada meseta, elevándose por encima de la vegetación.

A medida que se acercaban, Lina pudo ver lo que estaba señalando: una cueva alta y estrecha, enclavada en la ladera del acantilado. La entrada estaba repleta de plantas, que se mantenían adheridas a la negra roca.

—Me da la sensación de que esto es una madriguera —dijo Gozetta en voz baja, levantando su rifle.

—Y eso explicaría por qué tu escáner no detectaba nada —afirmó Milo.



El exterior de la entrada estaba lleno de basura que habían dejado los stinkers. Lina vio más ejemplares en la entrada, esforzándose por colocar una enorme olla de cocina sobre el terreno rocoso, chillando y gesticulándose unos a otros.

—¿Qué es esto? —preguntó Corin, mientras se aproximaba al acantilado y apartaba las enredaderas con una mano huesuda—. Mirad. No somos los primeros en encontrar este lugar.

Había algo grabado en la pared, un patrón que emergió a medida que Corin apartaba las plantas. Representaba una figura grande y primitiva, con cuatro brazos y dos piernas, y una cabeza en forma de daga llena de dientes puntiagudos. También había formas humanoides arrodilladas ante ella, con la cabeza gacha.

Una ráfaga de viento surgió del interior de la cueva y agitó los cabellos de Lina.

—Esta cueva debe de ser muy antigua —susurró.

—Así es, niña. —Los labios rojos como la sangre del pau'ano retrocedieron, enseñando unos dientes afilados—. Es antigua y sagrada. Un lugar de adoración.

Lina tocó la pared con la palma de la mano. A pesar del calor del día, la piedra suave estaba fría.

A sus padres les habría encantado aquel lugar, pensó Lina: los sitios como aquél eran la razón por la que los Graf habían ido al Espacio Salvaje. Esas marcas en la pared podían ser lo único que quedaba de una antigua civilización.

La frustración creció en su interior: sus padres estaban en alguna parte, bajo las garras del Imperio. Y allí estaban ella y Milo, malgastando su tiempo con cazas ridiculas. Pero ¿qué elección tenían? Debían hacerlo, sólo así podrían descubrir quién había enviado aquella transmisión.

—Bueno, yo no he venido a rezar —espetó Gozetta—. He venido a matar.

—¿Y cuál es tu gran plan? —preguntó Lina, repentinamente molesta por el egoísmo y la crueldad de Gozetta—. ¿Esperar a que salga, dispararle y colgarlo en tu pared?

La cazadora contempló pensativa la cueva y negó con la cabeza.

—No tengo intención de esperar —aseguró—. Si esa cosa ha comido, puede pasarse días ahí abajo, incluso meses.

—Ir tras él puede ser peligroso —dijo Milo—. Estará oscuro. Te encontrarás en su territorio, luchando a ciegas.

—Justo lo que yo pensaba —agregó Gozet-ta—. Tenemos que sacarlo de ahí.

—¿Cómo vas a hacer eso? —preguntó Milo.

Gozetta lo miró.

—Necesitaré algún tipo de cebo —dijo ella—. Pequeño pero rápido, que entre en la cueva y atraiga a la bestia al exterior. Un cebo que haga exactamente lo que yo le diga si quiere salir vivo de este planeta. —Se inclinó hacia Milo y Lina y sonrió—. ¿Dónde voy a encontrar un cebo como ése?

CAPÍTULO 6

LA GUARIDA DE LA BESTIA

La cueva era empinada y oscura, con las paredes húmedas y brillantes por la luz débil del exterior. Milo y Lina se cogían del brazo, abriéndose paso por el terreno rocoso. Lina le contó lo que CR-8R había dicho sobre el hiperpropulsor y él sonrió esperanzado.

—Estoy deseando salir de este planeta. Lina asintió.

—Yo también —dijo—. Esta cueva me daría escalofríos aunque no hubiera… lo que sea que se esconde en ella. Y esos horribles stinkers sólo lo empeoran.

El olor era todavía más fuerte allí abajo, y a su alrededor podían oír el parloteo y la lucha de las criaturas mientras se dividían el botín.

—¿No crees que todo esto es muy raro? —preguntó Milo—. ¿Por qué instalarían su hogar en la guarida del depredador más grande del planeta?

—Quizá sepan peor de lo que huelen —propuso Lina.

—Eso tendría sentido —corroboró Milo—. Pero estoy empezando a pensar que quizá… ¡Eh!

Se tambaleó hacia atrás cuando algo le cayó encima y aterrizó en su hombro. Lina se apartó instintivamente, cogió una rama del suelo y la blandió con ambas manos.

Pero la cosa no se movía, sino que se mantuvo extendida a lo largo del brazo de Milo. Éste la cogió y la levantó en la oscuridad. Era una tira plana de lo que parecía ser la piel de un animal, con la textura rugosa y cuatro extremidades.

—Fantástico —dijo Milo—. Esto tiene que ser de los pequeños. Supongo que se les desprende cuando les crecen los miembros adicionales. Fascinante.

—Mira, sé lo que vas a preguntar, y la respuesta es no —dijo Lina con firmeza—. De ninguna manera vas a quedarte con uno como mascota. No en mi nave.

Milo frunció el ceño. La idea se le había pasado por la cabeza: esas criaturas parecían inteligentes para su tamaño, y ya estaba empezando a formular una teoría sobre su extraño ciclo de vida.

—Sólo voy a llevarme un poco de esto —le dijo a Lina—. Tengo una idea. —Se agachó e introdujo un poco de piel en un tarro de muestras que llevaba en la mochila. Lina observó con desagrado como su hermano recogía aquel mejunje viscoso y se lo guardaba.

—Milo, en serio —le rogó—. Eso es asqueroso. No estamos aquí para una lección de biología, ¿recuerdas? Tenemos trabajo que hacer.



Milo se puso en pie.

—Yo sólo… ¿Qué tienes ahí?

Señaló la rama que Lina llevaba en la mano. Esta también miró e, incluso en la penumbra, vio que no era en absoluto una rama. Era de un blanco brillante, curvada y con dos protuberancias circulares en cada extremo.

Miró a su alrededor y entonces distinguió cientos de formas similares, una caja torácica como de reptil, coronada por una enorme calavera. Pero el gundark estaba muerto, abandonado allí para que los stinkers lo acabaran de despellejar. Milo no dejaba de preguntarse qué tipo de monstruo podría haber derribado a uno de los asesinos más despiadados de la galaxia.

A medida que avanzaban, las paredes se iban haciendo más estrechas. La luz se filtraba a través de unas pequeñas grietas en el techo, pero Milo hubiese preferido haber llevado sus propias bengalas, sobre todo cuando se golpeó el dedo con una roca. No pudo evitar soltar un grito de dolor. Lina lo fulminó con la mirada.

—Lo siento —dijo él en voz baja—. Ay, esa… Espera, ¿qué es eso?

El sonido provenía de lejos y apenas fue audible, hasta el punto de que no estaban seguros de haberlo oído. Quizá fuera otro de esos stinkers, parloteando en la penumbra.

Lina abrió la boca para hablar, pero la cerró cuando el sonido les llegó de nuevo. Era una voz, procedente de las profundidades de la cueva. No era un animal ni un monstruo, sino una voz humana, gritando desesperadamente.

—¡Ayuda! —chillaba, y los ojos de Lina se iluminaron—. ¡Ayudadme!

Agarró a Milo y echaron a correr, descendiendo por las rocas y los huesos desperdigados y adentrándose cada vez más en la oscuridad.

Los encontraron al fondo de un profundo foso de piedra, hundido varios metros bajo el suelo de la cueva. Milo miró por el borde y pudo distinguir dos figuras humanoides, una de pie y otra tumbada, aparentemente dormida.

—Ayudadnos —exclamó la figura erguida, dirigiéndose hacia ellos. Era una mujer joven, con la piel tan pálida como un hueso y los ojos rodeados de un tono azulado—. No puedo escalar, es demasiado resbaladizo.

—Os sacaremos —le aseguró Lina. Se volvió hacia Milo—. ¿Has traído alguna cuerda?

Él negó con la cabeza, pero enseguida recordó otra cosa:

—¡Mi red! —dijo, y sacó el oscuro dispositivo en forma de pistola de su mochila—. Creo que hay una forma de desactivar el mecanismo de enganche.

En el pozo, la mujer joven se puso en cuclillas y zarandeó con firmeza a la segunda figura. Esta gimió, rodando por el suelo. Era un hombre alto que iba descalzo. Sus pequeños ojos hundidos se abrieron de golpe.

De pronto se irguió, intentando recordar.

—Sata —dijo—. ¿Dónde estamos? ¿Estamos muertos?

—¿Ya no te acuerdas? —preguntó ella—. Aquel monstruo nos aturdió con algo y luego los pequeños nos trajeron aquí. Pero mira, Meggin, esos niños han venido a ayudarnos.

El hombre miró hacia arriba.

—¿Niños? ¿Qué niños?

Lina saludó levemente con la mano.

—Hola —dijo—. Soy Lina y él es Milo. Y deberíais bajar el volumen si no queréis que esa cosa venga y se os coma.

El hombre arrugó las cejas.

—¿Dónde está Gozetta? —preguntó—. Creí que vendría a por nosotros.

—Está en la entrada —explicó Lina—. Esperando a que ese monstruo salga para matarlo. Nosotros somos el cebo.

—Muy propio de Gozetta —dijo con desaprobación la mujer.

—Sabía que no me dejaría —dijo Meggin aliviado—. Hará pedazos a esa bestia y podremos irnos a casa. —Entonces miró a su alrededor confundido—. Espera, ¿dónde está Delih? ¿Dónde está ese maldito cereano?

Sata se mordió el labio.

—Se lo ha llevado —dijo—. Mientras estabas inconsciente. Lo ha cogido y no he podido hacer nada por ayudarle.

A Meggin le cambió la cara.

—Lo… lo siento —dijo—. Yo no…

—¡Está bien, apartaos! —gritó Milo, apuntando con su lanzador de redes.

Apretó el gatillo y la red salió disparada hacia el foso. Pero el hilo central seguía enganchado al dispositivo de su mano, sujeto al mecanismo del bloque en el interior del cañón.

—Ahora sólo necesito anclar esto a algo —dijo, dirigiéndose hacia una alta estalagmita en el borde del foso.

Empezó a enrollar el hilo en la base de la columna rocosa, pero, antes de que pudiera asegurarlo, sintió que la cuerda se sacudía en sus manos.



—¡Esperad! —advirtió—. ¡Todavía no está listo!

Pero el lanzador de redes se le escapó de las manos y se deslizó hasta el borde del foso. Lina se lanzó a por él y lo agarró justo cuando estaba a punto de caer.

Desde el pozo les llegó un grito de dolor y rabia, cuando Meggin cayó de espaldas, enredado en la red.

—¡Maldita sea, qué daño!

Y de las profundidades de la cueva llegó un rugido a modo de respuesta. Retumbó en el aire caliente, antes de convertirse en un aullido, intensificando el tono y la intensidad. Milo se llevó las manos a los oídos, los muros de la caverna se estremecieron y cayeron algunos guijarros sueltos.

—Menos mal que íbamos a permanecer callados —susurró Lina en el silencio que siguió.

—Ya viene —dijo Meggin, poniéndose en pie de un salto—. Chico, ¡ayúdame a salir! ¡Rápido!

Lina devolvió el lanzador de redes a Milo y lo enrolló lo más fuerte que pudo alrededor de la robusta estalagmita.

—¡Vale, sube! —gritó Milo.

Meggin subió primero, escalando por la red. Lina lo sujetó del brazo para ayudarle a subir los últimos metros. El hombre salvó el borde del foso respirando con dificultad. Entonces se puso en pie y echó a correr hacia la entrada de la cueva.

—Debo disculparme por Meg —dijo Sata alzándose por sí sola—. Ha tenido un día duro. Aunque habría sido mucho peor si no nos hubierais encontrado.

El rugido se dejó oír de nuevo, más alto y mucho más cerca. Oyeron el roce de unas garras contra la piedra, el sonido de algo que avanzaba hacia ellos desde las profundidades de la cueva.

—Todavía no estamos a salvo —dijo Lina, tirando de la mujer.

Milo desató el hilo, intentando no enredarlo.

—Milo —susurró Lina con insistencia—. Tenemos que irnos, y hablo muy en serio.

Liberó el lanzador de redes y a continuación pulsó el botón retractor. La red empezó entonces a retroceder y a recogerse dentro del cañón.

—Vamos —susurró Milo con nerviosismo. Entonces un sonido le hizo mirar hacia atrás.

Algo se acercaba desde el interior de la cueva, algo que hacía que las paredes temblaran con cada paso. Lo primero que vio Milo fue una mano con tres garras que se aferraba a la pared rocosa, e incluso en la penumbra pudo ver que cada dedo de la mano era aproximadamente tan grande como él, con cinco articulaciones bajo una piel negra y brillante.

Milo retrocedió, tropezando con las piedras y los huesos, con el corazón acelerado. La cabeza puntiaguda de la criatura se volvió hacia ellos, apuntando con el hocico. Milo se quedó paralizado. Oyó que las otras corrían hacia la entrada de la cueva, pero él se sentía clavado en el suelo. La criatura se dirigió hacia él bajando su gran cráneo blindado.

Sus sospechas eran ciertas: era obvio que pertenecía a la misma especie que aquellos stinkers que los habían llevado hasta allí. Su ciclo vital debía de ser largo y complejo, y sólo los más fuertes llegarían a aquella aterradora etapa final. Pero ese conocimiento no le reportó ningún alivio, mientras lo miraba con asombro y horror.

Había algo de insecto en su negro exoesqueleto, pero un tipo de insecto que Milo nunca había visto. Sus dientes eran serrados, como los de una bestia marina, pero su cola

era de reptil y se retorcía como una serpiente. Por algún motivo, los ojos eran lo peor de todo, pues transmitían una especie de inteligencia llena de odio.

Entonces, el pie de la bestia descendió, sacando a Milo de su estupor. Este giró; Lina se encontraba más adelante, con la joven mujer cogiéndole la mano con fuerza. Milo cerró los puños, apretó los labios y corrió como nunca.

CAPÍTULO 7

LA BESTIA

Gozetta, en la entrada de la cueva, daba golpecitos al suelo con el pie, impaciente. Bort y Corin se habían puesto a cubierto tras un par de rocas a ambos lados del claro, pero Gozetta no era ninguna cobarde. Lo que tuviera que llegar, que llegara.

Empezaba a pensar que aquel plan había sido un error: esos niños no eran de fiar. Ni siquiera sabía si existía otra entrada a la cueva; quizá ya estuvieran de regreso en la pista de aterrizaje. O quizá hubieran metido la pata y ya se los hubieran comido. Eso sería lo más típico, y tampoco resultaría una gran pérdida.

Sintió una punzada de emoción: esa criatura representaba todo un reto, y eso le gustaba. Era grande y fuerte, como demostraba el destrozo del pabellón. En su momento se había puesto furiosa, pero ahora veía claro que la bestia la había estado provocando, desafiándola.

Tenía su lanzadera a punto, por si acaso. No había necesidad de asumir riesgos innecesarios. Llevaba un rastreador enganchado al cinturón; con pulsar un simple botón, la nave despegaría de la pista de aterrizaje y se dirigiría directamente hacia ella. Tal vez estuviera haciendo trampas al disfrutar de esa ventaja sobre su oponente. Aunque ella prefería considerarlo un seguro.

—¿Cuánto tiempo se supone que vamos a tener que esperar, jefa? —preguntó Bort, enfundando su bláster. Se había atado una bufanda alrededor de la cara para bloquear el horrible olor que emanaba de la cueva, por lo que parecía un pirata espacial de uno de esos antiguos hologramas.

—El tiempo que haga falta —respondió ella.

Un sonido sobrenatural cortó el silencio. Comenzó como un profundo estruendo en el interior de la cueva y creció hasta convertirse en un rugido.

«Bien —pensó Gozetta mientras se colocaba la máscara en la cara y sentía cómo sus sentidos se agudizaban. Apoyó ligeramente el dedo en el gatillo del rifle y apuntó con el cañón—. Empieza el juego».

Meggin emergió de la cueva, con la cara roja y la despoblada cabeza brillando a causa del sudor.

—¡Jefa! —gritó, estirando los brazos y dirigiéndose hacia ella—. ¡Has venido a por mí!

Gozetta lo apartó a un lado.

—No estoy aquí por ti —gruñó con la voz amortiguada por la máscara—. Estoy aquí por eso.

Y señaló hacia la cueva, donde una enorme figura se distinguía entre las sombras, corriendo hacia ellos con las garras afiladas y unos dientes brillantes.

Los niños estaban apenas a unos pasos de él, con los ojos abiertos como platos y corriendo con furia al cruzar la salida. Sata corría junto a ellos, mirando aterrorizada por encima del hombro mientras intentaban alcanzar la luz del día. No había rastro del cereano.

—¡Salid de ahí! —gritó Lina, que corría hacia Gozetta—. ¡Que viene! —No le tenía mucho aprecio a la cazadora, pero no por eso deseaba verla devorada.

—Ya sé que viene —mascculló Gozetta—. De eso se trata, ¿recuerdas?

—Pero no lo entiendes —le dijo Milo intentando respirar—. Es grande. Muy muy grande.

Gozetta resopló.

—Ya te lo he dicho: me dedico a esto —explicó—. Ahora sal de mi camino.

—Hazles caso, Gozetta —avisó Sata—. Por una vez en tu vida, no seas tonta.

—¿Cómo te atreves? —respondió Gozetta—. Considérate despedida.

Sata sacudió la cabeza.

—Es tu vida —dijo—. Vosotros dos, vámonos. Con un poco de suerte, lo entretendrá lo suficiente como para que podamos escapar.

Lina y Milo siguieron a Sata hasta el borde del claro, donde el sendero de destrucción descendía hasta el campamento. Pero Milo no pudo evitar mirar hacia atrás, haciendo caso omiso de la presión que Lina hacía en su brazo.

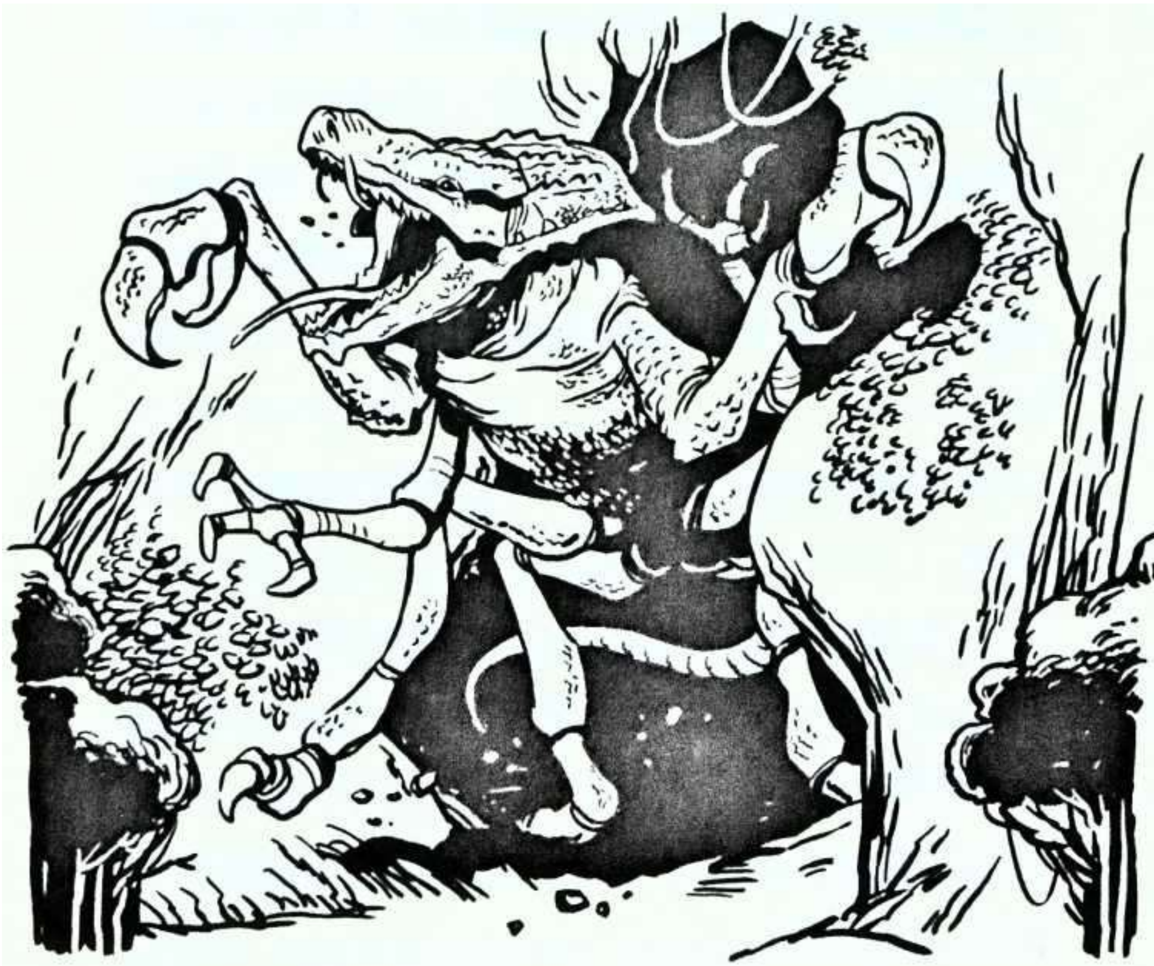
Gozetta estaba haciendo gestos a sus hombres.

—Bort, encárgate de las piernas —ordenó—. Corin, a por los ojos. Apuntad a los puntos débiles.

—¡¿Y qué pasa si no los tiene?! —contestó Bort gritando.

—Todo tiene puntos débiles —le dijo Gozetta—. Bueno, excepto yo.

Milo notó como el suelo se estremecía cuando la criatura emergió de las sombras de la cueva y se irguió mostrando toda su altura. Gozetta, con el pie plantado en el suelo, apuntaba con cuidado hacia donde calculaba que estaría la cabeza del monstruo. Maldijo, inclinando el rifle hacia arriba y cerrando los ojos para evitar el reflejo del sol. Pero su punto de mira todavía estaba bajo. Miró más arriba y Milo vio que se quedaba boquiabierta.



El monstruo se alzó sobre ella, bloqueando el sol. Su cabeza sola era del tamaño de una lanzadera. Tenía cuatro brazos rojizos, dos de ellos acabados en relucientes pinzas y los otros dos, en horribles garras. Sus patas eran más altas que los árboles, y sus pies, del tamaño de un cráter de meteorito. Su cola azotaba como una cuerda suelta, cortando las enredaderas que cubrían la entrada de la cueva.

Gozetta retrocedió, mirando a izquierda y derecha. Pero no había ningún lugar donde esconderse de aquella bestia. Milo vio que los mercenarios la miraban aterrorizados y se preguntó si se quedarían y lucharían. Aunque ya sabía la respuesta.

Para su sorpresa, fue Corin quien abandonó primero. Estaba mirando fijamente a la bestia con la boca y los ojos abiertos y, al momento, ya corría hacia Milo y Lina, dejando su bláster atrás, con la capa ondeando al viento.

—¡¿Adonde vas?! —le gritó Gozetta—. No puedes ir más rápido que él.

—No necesito ir más rápido que él —contestó Corin—. Sólo necesito ir más rápido que tú.

Pero la criatura ya había empezado a moverse. Una de las pinzas se enganchó alrededor de la cintura de Corin y lo levantó del suelo mientras éste gritaba y pateaba.

Para sorpresa de Milo, la criatura no se tragó a Corin, sino que lo que hizo fue mantenerlo en alto, con las pinzas alrededor de su cintura. Su cola de reptil giró rápidamente, serpenteó y osciló de arriba abajo como si tuviera conciencia propia. Corin estaba paralizado, viendo retorcerse la cola con ojos como platos.



Entonces la punta afilada se retorció y le dio un toque en el brazo. Los ojos de Corin se cerraron y la cabeza le cayó hacia atrás, a la vez que todo su cuerpo se relajaba. Milo vio un líquido reluciente emanando de la punta de la cola de la criatura y se dio cuenta de que era algún tipo de agente paralizador, y de nuevo lo sorprendieron los recursos de aquella criatura.

Las pinzas se abrieron de golpe y Corin cayó al suelo, inconsciente. Ante la mirada de Milo, los stinkers cogieron el cuerpo y lo transportaron al interior de la cueva. Entonces Lina le tiró de la manga y él se dejó llevar.

Gozetta miró a la bestia. La realidad cayó sobre ella como una losa. No podría derrotar a esa cosa. A la sombra de aquella criatura se sentía como un insecto, igual de vulnerable. No tenía ninguna oportunidad.

La criatura echó un último vistazo a Corin mientras lo introducían en la oscura boca de la cueva y luego se volvió de nuevo, bajando su cabeza puntiaguda, con los dientes brillando en la difusa luz.

La cazadora levantó su fusil y apuntó con la mira telescópica. Entornó los ojos, apretó los dientes y se preparó para disparar. La criatura levantó un brazo desafiante y rugió.

Gozetta se dio la vuelta y echó a correr.

CAPÍTULO 8

EL VUELO

Milo y Lina habían bajado media colina cuando Gozettalos adelantó, con su rifle echado sobre el hombro y el pelo rojo ondeando tras ella. Pulsaba con urgencia un botón sujeto a su cintura, y parecía estar murmurando «Vamos, vamos, vamos» mientras corría.

—¡Jefa! —gritó Meggin al verla pasar a toda velocidad—. ¡Espérame!

Pero Gozetta no aminoró el paso y desapareció entre los árboles. Lina la vio marcharse, mientras ella agarraba la mano de Milo e intentaba mantener el ritmo.

—Ha cambiado… su actitud —logró decir con la respiración entrecortada.

—Quizá… no sea tan tonta… después de todo —jadeó Milo sonriendo.

Sata frunció el ceño.

—Menos hablar y más correr —les dijo.

Oían cómo se partían los árboles a medida que la bestia los perseguía a través de la jungla. Lina se preguntaba qué habría sido de Bort. ¿Habría logrado huir, como Gozetta? De pronto, los pasos se detuvieron y, repentinamente, un grito lejano interrumpió el silencio.

Aparecieron en campo abierto y vieron el pabellón de caza un poco más abajo, brillando a plena luz del día. Algo flotaba en el cielo por encima del edificio. Lina reconoció la lanzadera dorada de Gozetta, que se sustentaba gracias a sus propulsores. También vio a la cazadora más adelante, corriendo hacia el lustroso y pequeño transporte.

Meggin aceleró el ritmo, con la cara roja.

—¡Estamos salvados! —gritó—. ¡Estamos detrás de ti, jefa! —Se volvió hacia Milo y Lina—. Mirad, niños, ¡estamos salvados!

—No estés tan seguro —gruñó Sata, aunque incrementó su velocidad. Lina se esforzó en seguirla, mientras se preguntaba cuánto tiempo tendrían que seguir corriendo a aquel ritmo.

La nave descendió, balanceándose en el aire. La compuerta comenzó a bajar cuando Gozetta se acercó. Saltó, se agarró a la compuerta y se subió al borde de la rampa; luego desapareció en el interior y la compuerta se cerró.

—Ahora nos recogerá, ya veréis —dijo Meggin.

La nave se enderezó. Lina vio a Gozetta en la cabina del piloto, poniéndose el cinturón y tomando el timón. Los miró desde la nave y apartó la vista.

En ese momento, Lina supo que Meggin estaba equivocado: Gozetta no arriesgaría su vida por ellos. Los saludó con la mano, a modo de disculpa, y aceleró los propulsores.



—¡No! —gritó Meggin—. ¡No, espera!

Pero sus palabras fueron ahogadas por el ruido ensordecedor de la nave al ascender. Se levantó una nube de polvo y Lina tuvo que cubrirse ante la oleada de calor. Los motores rugieron.

Y la jungla respondió con otro rugido.

La criatura se alzó desde el bosque, encaramado aunó de los árboles más altos. Se sujetaba con sus extremidades inferiores y levantaba sus brazos con pinzas hacia el cielo.

Lina vio la negra silueta recortada contra el sol, como sacada de las más oscuras pesadillas.

Muy a su pesar, estuvo a punto de reírse: habían llegado allí en busca de un refugio seguro, pero se habían metido en un problema mucho más grave que el anterior. Escapar de los soldados de asalto era pura diversión en comparación con esto. Casi deseaba que el capitán Korda los hubiera localizado allí, para ver qué cara ponía al encontrarse frente a frente con aquel monstruo.

La criatura se abalanzó sobre la lanzadera, arremetiendo con una gran garra que golpeó el costado de la nave.

El ruido del motor cambió de un rugido sordo a un gemido agudo, como una queja, mientras Gozetta intentaba mantener el control; se quedó pálida al ver que la criatura se alzaba sobre sus patas traseras, lista para arremeter de nuevo.

Las pinzas se cerraron alrededor de los motores traseros y tiraron de la nave hacia atrás.

Al acelerar, los propulsores dispararon gas caliente a la cara de la bestia, que emitió un aullido de dolor, con el hocico ennegrecido y lleno de ampollas. Pero no soltó la nave, sino que la desgarró con sus grandes pinzas.

Las nubes de humo se elevaban a medida que los conductos se rompían y los sistemas empezaban a fallar.

—Deberíamos irnos —dijo Milo—. Ahora, mientras está distraído.

Lina asintió y echó a correr tras él, incapaz de apartar la mirada del espectáculo.

Gozetta había logrado apuntar uno de los cañones hacia la criatura y disparó un rayo láser. Uno de los brazos de ésta quedó inutilizado, pero los otros tres arremetieron con mucha más energía.

Alcanzaron el camino que llegaba hasta el *Ave Susurro* y allí se detuvieron para tomar aire.

Lina sacó el transmisor de su bolsillo y lo encendió.

—¡Cráter! —gritó—. Cráter, ¿puedes oírme?

—Oh, ¡señorita Lina! —contestó alegremente la voz de CR-8R—. Morq y yo estábamos preocupados por us…

—¡Ahora no! —gritó Lina, mientras echaba la vista atrás y veía la cola de la criatura envolviendo la nave y apretando con fuerza. A medida que presionaba, el humo emergía con más fuerza y los motores continuaban rugiendo por el esfuerzo—. Estamos de camino. ¡Prepara el *Ave Susurro* para despegar en cuanto lleguemos!

—Los acoplamientos están abordo, pero el hiperpropulsor no está del todo…

—Olvídalo —le dijo Lina—. Necesitamos salir de este planeta enseguida. Ya terminaremos de arreglarlo una vez que estemos en órbita.

—Muy bien —dijo CR-8R—. ¿Prefieren que vaya a recogerles?

Lina volvió la vista hacia el asentamiento.

—No creo que eso sea muy prudente —dijo—. Hay… algo que nos está persiguiendo. Pero no te preocupes: encontraremos la forma de quitárnoslo de encima.

—Señorita Lina, ¿están en peligro? —preguntó CR-8R—. Si lo están, estoy programado para ayudarles en todo lo que me sea posible.

—Nos las arreglaremos, Cráter —insistió Lina—. Quédate donde estás y mantén calientes los motores. Ahora llegamos. —Apagó el transmisor.

Milo señaló con entusiasmo.

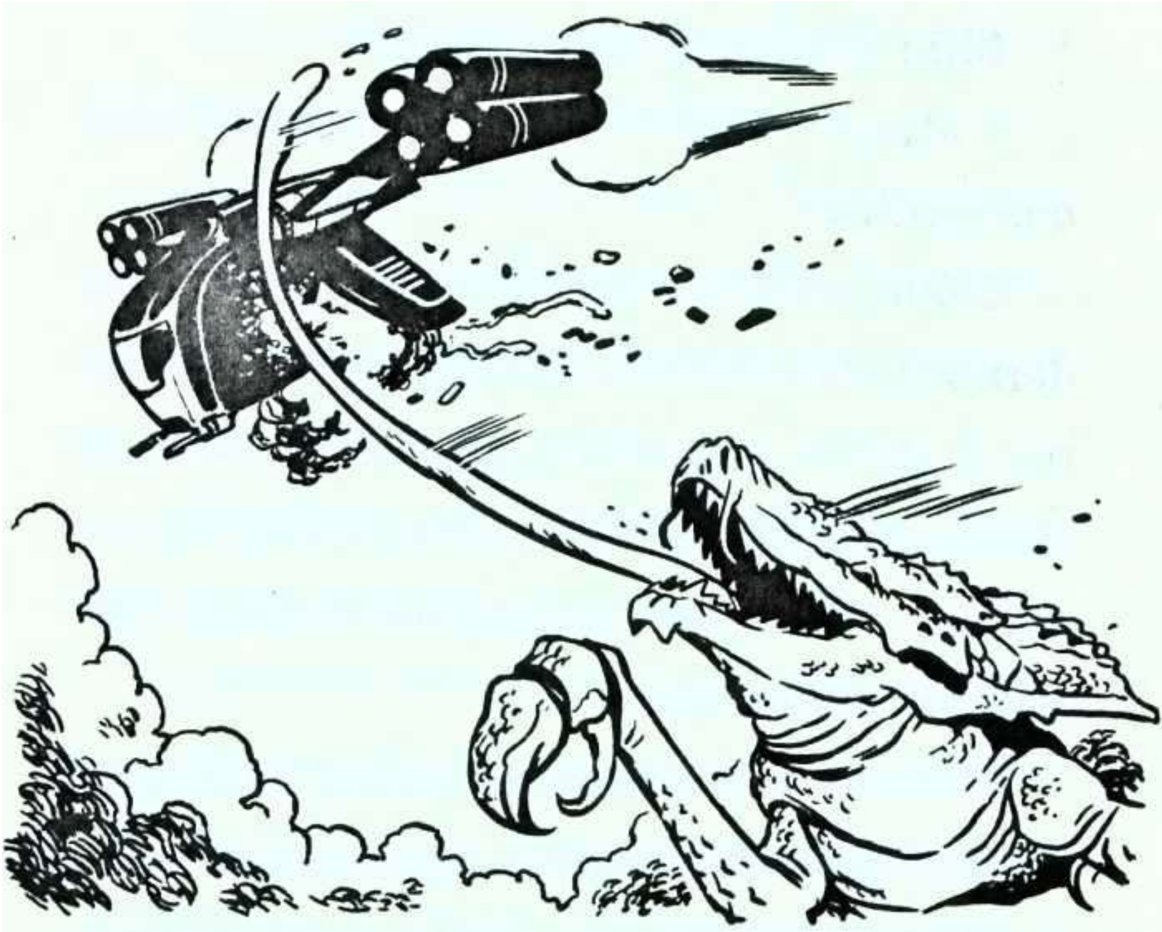
—Mirad —dijo—, creo que Gozetta va a conseguirlo.

Tenía razón: de alguna manera, la lanzadera se había liberado de las garras de la criatura y estaba ganando altura, balanceándose de forma inestable mientras ascendía, impulsada tan sólo por dos propulsores, aunque parecía ser suficiente.

A través del cristal de la cabina, Lina pudo ver una pálida y resuelta figura peleándose con los controles mientras la nave se apartaba de los árboles.

De repente, la criatura dio un último y salvaje salto. Su boca se abrió en el aire y del interior salió una forma grande y húmeda, más rápida que un disparo de ballesta. La lengua atrapó la nave y la atrajo hacia sí.

Sin embargo, la lanzadera se resistía, con los motores acelerando desesperadamente hacia todas las direcciones.



La criatura cerró la mandíbula alrededor de la lanzadera. Pero luego se desplomó, se estrelló contra los árboles y estalló en llamas. El monstruo chilló de dolor, golpeándose en su boca dolorida. La nave rodó y rompió algunas ramas mientras se convertía en una bola de humo.

Lina se sintió repentinamente expuesta, en medio del camino que dirigía a la pista de aterrizaje.

—No podemos quedarnos aquí —advirtió Sata—. Tenemos que encontrar algún sitio donde escondernos.

—Tenemos una nave —le dijo Lina—. Abajo, en la pista de aterrizaje.

Los ojos de Meggin se iluminaron.

—¿Una nave? —preguntó—. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Espera —dijo Milo, quitándose la mochila—. Tengo una idea, pero tendremos que quedarnos muy quietos para que funcione.

La gran cabeza de la criatura se volvió hacia ellos.

Por un momento los observó, sin moverse, con sus brillantes ojos negros.

—Olvídalo —dijo Meggin—. Quédate tú si quieres. Si hay alguna posibilidad de salir de este planeta, voy a aprovecharla.

Se apresuró a bajar por el camino.

Lina miró a Milo con expresión de disculpa.

—Estoy segura de que es un gran plan —dijo—. Pero no tenemos elección. ¡Corred!

Corrieron por el sendero fangoso que llevaba a la pista de aterrizaje. El aire se hizo más espeso, con niebla, calor y humedad. Lina estaba demasiado cansada para sentirse asustada, pero el sonido de la criatura siguiéndolos le hizo acelerar el ritmo.

El monstruo se acercaba tropezando por el camino, y sus pasos hacían temblar el suelo.

—¡Moveos! —gritó Sata, instándolos a avanzar, y un enorme pie cayó tras ella y una zarpa cortó el aire.

Lina oyó cómo respiraba la bestia y vio que sus ojos, rojos a causa del humo, brillaban como faros en la niebla. Estaban bajo su sombra, y sólo era cuestión de tiempo antes de que…

—¡Oiga! —resonó una voz un poco más adelante, alta y penetrante—. Sí, usted. ¡Deténgase ahí!

Una luz apareció entre la niebla y la criatura se detuvo abruptamente.

CAPÍTULO 9

EL PLAN DE MILO

Milo avanzó por el camino hasta reunirse con Meggin junto a la pista de aterrizaje. La criatura se había detenido y olfateaba el aire; se le oía gruñir mientras agitaba sus letales brazos.

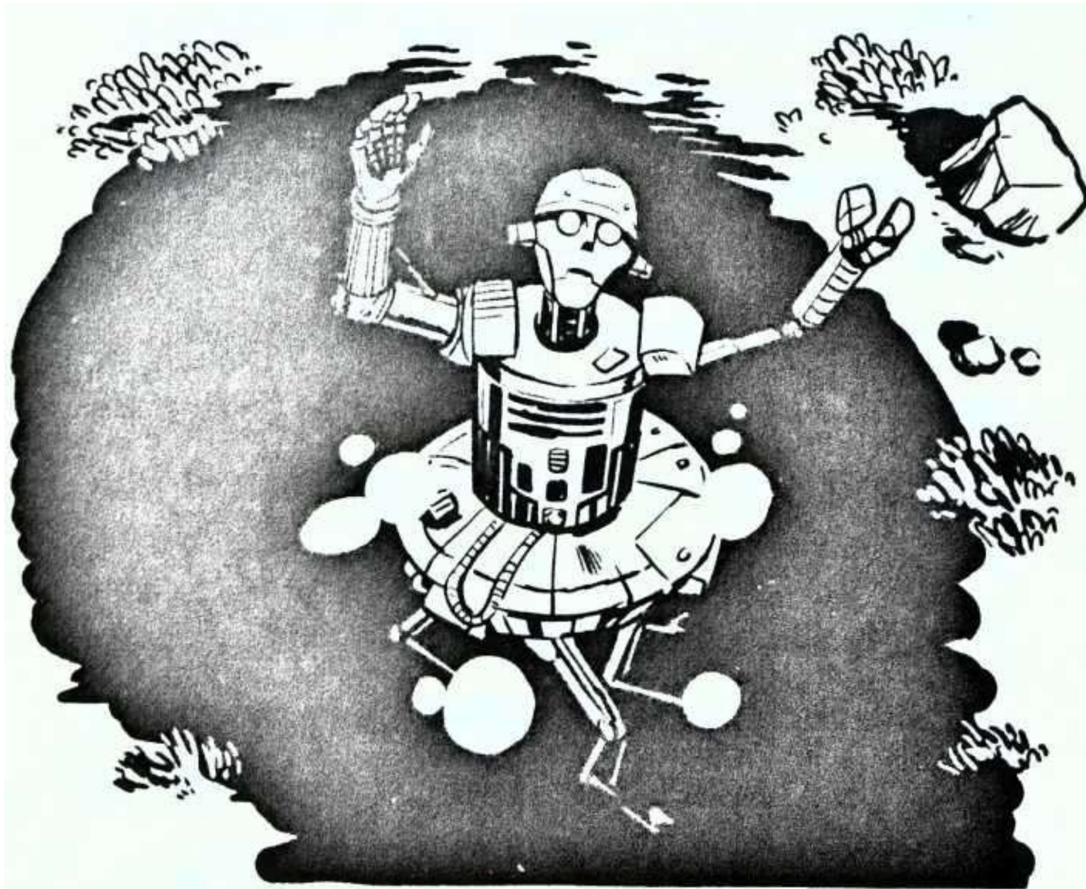
Dos rayos de luz iluminaron la penumbra y la voz resonó de nuevo:

—¡Por la autoridad que me ha sido concedida, ordeno que cese y desista de toda persecución ilegal y vuelva al agujero del que salió!

Milo oyó cómo lloriqueaba la criatura, indecisa e incapaz de identificar por la vista o el olfato esa nueva amenaza. Retrocedió un paso y cerró la mandíbula, a la defensiva.

Entonces sopló un viento suave y la niebla se desvaneció, mostrando al dueño de la voz: era CR-8R, que flotaba a pocos metros sobre la pista de aterrizaje, con los brazos extendidos y los focos apuntando a la bestia.

Se habría sentido casi impresionado de no ser por el gran monstruo que se cernía sobre él. A su sombra, el droide era poco más que un juguete.



—¡Escúcheme! —le gritó el droide con su vocalizador plenamente operativo—. ¡Le ordeno que se detenga!

Milo distinguió el *Ave Susurro* un poco más adelante; si corrían podrían alcanzarlo. Pero ¿qué sería de CR-8R? No podían dejarlo allí.

Sólo había una salida, tendría que poner su plan en marcha.

—Rápido, todos —dijo, sacando de su mochila un frasco que contenía una muestra pegajosa—. Tenemos que ponernos esto.

Desenroscó la tapa antes de entregar el tarro a Lina. Ella, haciendo una mueca, cogió un puñado de aquella baba.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—No —admitió Milo—. Pero es el único plan que tenemos. Los seis brazos, la lengua… Todo encaja: esa cosa de ahí no es más que un stinker gigante. Pasan por diferentes fases y ése es el resultado final.

—Eso es ridículo —dijo Meggin—. Si fuese cierto, ¿por qué no hay más de esas… bestias?

—Porque no quiere rivales —argumentó Milo—. Cuando son pequeños se conforman con ayudar a recolectar la comida siempre y cuando tengan huesos que relamer. Pero apuesto a que, cuando son lo bastante grandes como para representar una amenaza, los mata. Aunque lo importante es que no mata a los pequeños. Y si olemos como ellos…

Sata se untó el pringue gris por toda la cara y los brazos antes de pasarle el tarro a Meggin. Éste miró a Milo con desconfianza pero, en cuanto oyó un rugido tras ellos, se apresuró a hacer lo que le sugerían.

La criatura caminaba en círculos alrededor de CR-8R, fascinada, pero todavía sin intención de atacar. El droide movía los brazos y apagaba y encendía sus focos mientras giraba con sus repulsores, intentando parecer más grande, más raro y más peligroso de lo que en realidad era.

—¡Márchese! —gritaba—. ¡Vuelva a su cueva! ¡Se empieza a sentir muy cansado! ¡Tiene mucho sueño!

El droide se apartó para esquivar un pie del monstruo, que cayó a pocos centímetros de él.

—¡Eh, eso no es necesario! —le advirtió—. Le ordeno que…

El otro pie descendió y CR-8R se apartó justo a tiempo, aunque la bestia le rozó el brazo.

—¡Está siendo muy irracional! —logró decir, justo antes de que las pinzas lo golpearan y lo mandaran rodando al lodo. La criatura arremetió contra él.

—¡Ya basta! —gritó CR-8R, pero el pie del monstruo lo aplastó en el barro e hizo saltar una de sus extremidades por los aires.

Milo oyó a Lina emitir un grito ahogado mientras le agarraba el brazo.

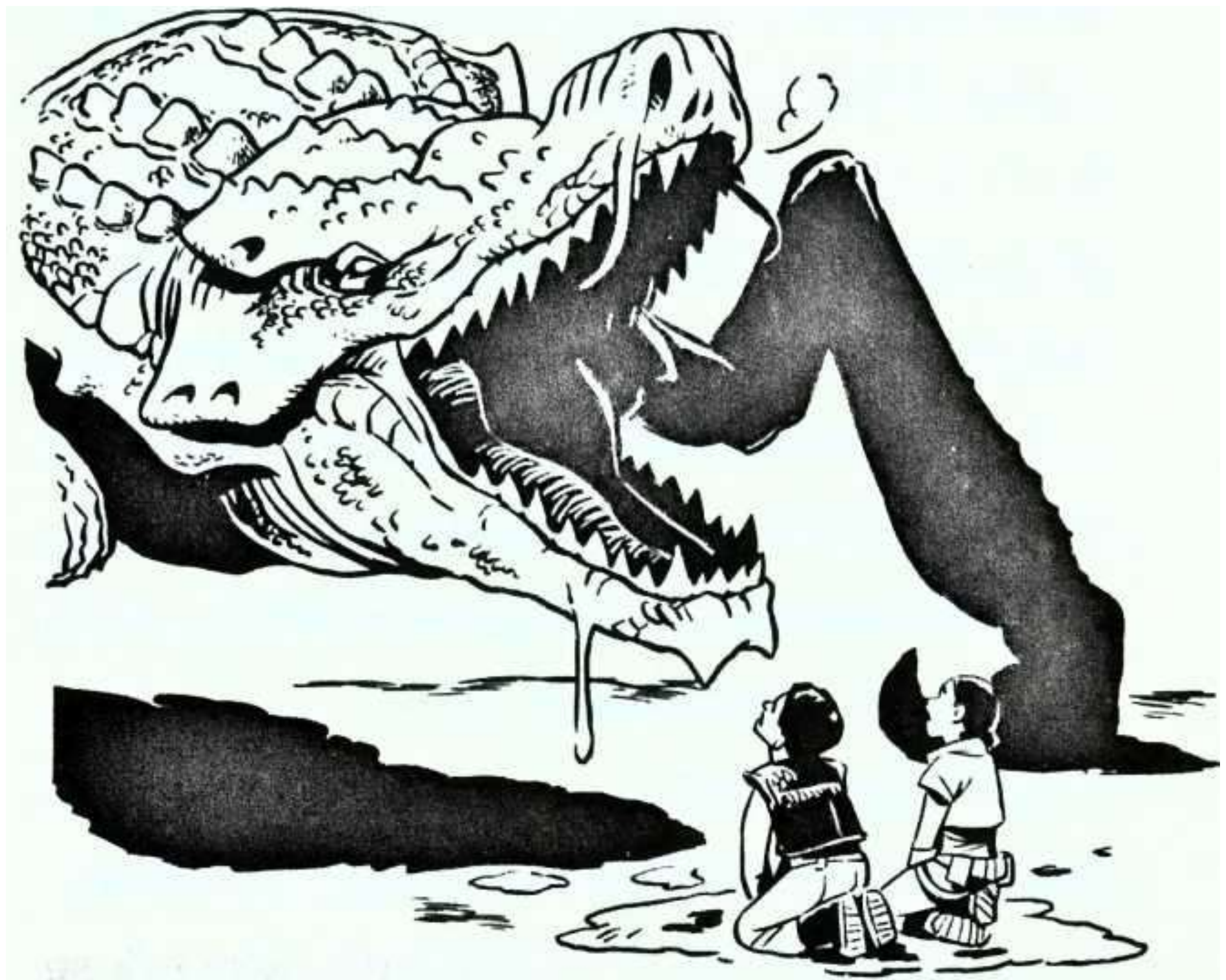
Entonces la criatura se volvió hacia ellos y el resto de sus preocupaciones desaparecieron. Sus ojos brillaban como dos llamas idénticas mientras se aproximaba, acechando paso a paso.

Se quedaron helados.

Pum, pum. El monstruo se acercaba pesadamente, bajando su gran hocico. Milo apretó la mano de Lina. Deseaba con todas su fuerzas cerrar los ojos, pero sabía que no podría. Intentó mantener su respiración calmada mientras la sombra se cernía sobre ellos y los ensordecedores pasos cesaban.

La cola de la criatura dio un golpe contra el barro. Milo sintió en su rostro el aliento caluroso y húmedo del animal.

Algo tocó a Milo en la parte superior de la cabeza y éste se encogió. Aquello empezó a bajar por su cara, apestando a carne podrida, y se dio cuenta de que el monstruo le había babeado encima. Contuvo la necesidad de limpiarse, y se mantuvo perfectamente quieto mientras el hocico se colocaba ante su vista.



Notaba el temblor de la mano de Lina y apenas era consciente de que Sata estaba a su lado.

Meggin había empezado a gimotear.

—¡Vete! —chilló, sonando más como un niño asustado que como un hombre adulto—. Por favor, vete.

—Cállate —dijo Lina con la voz más baja que podía emitir—. Vas a conseguir que nos mate a todos.

Luego cerró la boca enseguida, en cuanto la criatura bajó la cabeza y colocó un ojo a la altura de su cara. El ojo se movió hacia Milo y éste sintió que el monstruo lo miraba fijamente, escudriñando cada centímetro de su cuerpo. Su única esperanza era que, como otras criaturas depredadoras, se guiara por el olor más que por la vista.

La criatura volvió a olfatear y emitió un pequeño gruñido de decepción. Y, de repente, su cabeza había desaparecido, alzándose sobre su largo cuello. Milo tomó aire e intentó calmarse y permanecer quieto. El monstruo abrió la boca y desenrolló su larga lengua, cuya punta se retorció, bajando hasta quedar a pocos centímetros de la cabeza de Milo.

Entonces se oyó una explosión y un rugido: algo había impactado contra la criatura, provocando una oleada de fuego. Ésta dejó escapar un aullido, se volvió y se oyó un crujido: el duro caparazón de su lomo se había agrietado.

La criatura se tambaleó en círculos, observando detenidamente los árboles en busca del origen de su dolor.

Milo se quedó sin respiración cuando vio en la distancia una figurada desaliñada que sostenía un lanzacohetes sobre el hombro: Gozetta tenía la cara negra de hollín y manchada de sangre, pero se mantenía firme, mirando a su enemigo.



—¡Vamos! —gritó, con la voz amplificada por la máscara—. Tú y yo, ¡ahora!

La criatura bajó el hocico y dio un grito de rabia. Entonces se lanzó a gran velocidad hacia Gozetta, y cada paso provocaba como un pequeño terremoto. Ella disparó otro proyectil, pero el monstruo lo esquivó. Al impactar contra el suelo, el cohete salpicó barro, vapor y fuego.

Gozetta volvió a adentrarse en el bosque y la criatura la siguió, mientras iba destruyendo el follaje con gran estrépito y fuertes rugidos.

Y, de repente, se hizo el silencio.

CAPÍTULO 10

UN NUEVO DESTINO

Encontraron a CR-8R boca arriba en el barro, mirando el cielo y emitiendo un leve zumbido.

Lina lo ayudó a levantarse y él se balanceó sobre sus repulsores, con el cuerpo cubierto de una gruesa capa de suciedad.

—Gracias, señorita Lilo —dijo—. *Supuro* que me *tongo* bien en un *portento*.

—Te pondrás bien, Cráter —le aseguró Lina, raspando la suciedad de su cara metálica—. Sólo tienes unos cuantos golpes.

—Nos has salvado, ¿lo sabías? —le dijo Milo al droide, recogiendo su extremidad suelta y entregándosela a CR-8R—. Esa cosa nos habría capturado si no la hubieras distraído.

CR-8R dejó escapar un murmullo de satisfacción, y Lina habría jurado que estaba sonriendo.

—Es usted muy amable, *señor* Lina —dijo—. Pero estoy programado para protegerles, aunque ponga en riesgo mi *diva*.

Morq salió corriendo del *Ave Susurro* para recibirlos, salpicando alegremente a Sata y a Meggin al pasar para dirigirse hacia Milo. El chico sonrió, tendiéndole las manos.

Un rugido invadió toda la jungla tras ellos. Morq dio media vuelta y huyó de nuevo a la nave, chillando.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Lina, recuperando el ritmo.

—¿Crees que tiene alguna oportunidad? —preguntó Milo, apuntando hacia el denso bosque.

Lina se encogió de hombros.

—Ella y esa cosa, ambas, son igual de malvadas —dijo—. Así que puede ser.

La rampa de acceso descendió y Lina subió a la bodega de carga, donde desplegó los asientos de pasajeros mientras CR-8Ry Milo se apresuraban para llegar a la cabina del piloto. Meggin se abrochó el cinturón, sin perder de vista la escotilla abierta.

—Debo daros las gracias —dijo nervioso—. Quiero decir, quiero daros las gracias. Milo y tú me habéis salvado la vida. No lo olvidaré. Si hay algo que pueda hacer…

Lina asintió con timidez.

—No ha sido nada —dijo—. Tú habrías hecho lo mismo por nosotros. ¿Verdad?

Meggin primero pareció dudar, pero entonces asintió.

—Verdad —dijo al fin.

Lina subió la escalera hacia la cabina. CR-8R flotaba en su posición habitual, moviendo los brazos mientras conectaba unos cables, desconectaba otros y tecleaba los controles del ordenador de navegación.

—¿Adonde vamos? —preguntó Milo—. Al final no hemos encontrado el origen de la transmisión.

Lina frunció el ceño.

—No tan alto —susurró, señalando con la cabeza hacia el hangar trasero.

—Pero a lo mejor lo envió ella —dijo Milo en voz baja—. Quizá pueda ayudarnos.

—Es demasiado arriesgado —le dijo Lina—. Por ahora, vamos a ponernos en órbita. Cráter, decías que el hiperpropulsor necesitaba más tiempo.

—Una hora, como máximo —le aseguró CR-8R mientras los propulsores rugían y el *Ave Susurro* ganaba altura—. Estaremos fuera de este sistema antes de que se dé cuenta.

* * *

—Una hora —murmuró Lina con amargura al cabo de un rato; daban vueltas al planeta—. Más bien cinco.

Se metió en un hueco del suelo de la bodega de carga, llena de cables que le llegaban hasta el cuello.

CR-8R iba flotando por encima de su cabeza de un lado a otro, profiriendo un torrente de quejas y códigos informáticos: los acoplamientos del hiperpropulsor de la *Aventura* se resistían a encajar, o a conectarse con los obsoletos sistemas del *Ave Susurro*.

Uno tras otro, Milo, Lina, Sata y Meggin se habían pasado un buen rato bajo la pequeña ducha para quitarse aquella fétida y nauseabunda baba de encima.

Pero el olor todavía impregnaba toda la nave, aferrada a la ropa, los asientos y a todo. «Ése es el problema del aire reciclado», pensó Lina. Si por lo menos pudieran abrir una ventana… Pero, estando en órbita, no era muy buena idea.

—Señorita Lina, intente cargar el sector 7 en la matriz del navegador —sugirió CR-8R, mirando hacia abajo—. Eso podría dar un impulso a los polarizadores.

Lina hizo lo que le dijo, pero retrocedió cuando saltaron chispas de la pared.

—No creo que sean compatibles, Cráter —dijo.

CR-8R dejó escapar una leve señal electrónica.

—Muy bien —respondió—. Vuelta a empezar. Maldito hiperpropulsor y todos sus pequeños circuitos.

Milo entregó a Lina una taza de café caliente y sirvió otra a los demás, antes de dejarse caer en un asiento vacío y soltar un largo y profundo bostezo.

—¿Cuánto hace que no duermes? —preguntó Sata, mirándolo con preocupación.

—No me acuerdo —admitió Milo, y se frotó los ojos.

—¿Puedo preguntar algo? —empezó la umbarana con cautela—. ¿Qué hacen dos niños completamente solos en un lugar como éste?

Milo lanzó una rápida mirada a Lina, pero ella negó con la cabeza.

—Nos perdimos —dijo Lina a Sata—. Ibamos en convoy con nuestros padres, de camino a Thune, cuando tuvimos un problema con la hipervelocidad. Pero ya conocemos el camino. Nos estarán esperando.

Sata le dedicó una larga y pensativa mirada.

—Lo siento, pero sé detectar las mentiras, Lina —dijo—. Podrías haberme convencido si no te hubiera oído antes, en la cabina del piloto: Milo te ha preguntado adonde ibais y ha hablado de una transmisión.

Lina fulminó a Milo con la mirada.

—Lo siento, hermanita —dijo él avergonzado.

—La cuestión es que creo saber a qué emisión os referís —continuó Sata—. Yo no fui quien instaló el repetidor. Quiero decir, lo hice, pero fue idea de Delih. Y ahora él… Él no pudo…

—Lo siento —dijo Lina—. ¿Era tu amigo?

—Desde hace muchos años —contestó Sata, agachando la cabeza—. Fue él quien sugirió aceptar este trabajo. Yo sería la experta en tecnología y él diseñaría y construiría el edificio. Yo sabía que estaba involucrado en algo que las autoridades no debían saber, pero nunca me lo contó; supongo que temió implicarme… o que alguien más lo descubriera.

Lina miró hacia Meggin, que estaba escuchando con los ojos medio cerrados.

—No te preocupes por Meg —dijo Sata, sonriendo al hombre rollizo—. Los tres hemos trabajado juntos durante años; sé que tiene un buen corazón, en el fondo.

Meggin gruñó.

—Gracias, compañera —dijo.

—Además, os debemos la vida —continuó Sata—. De donde yo vengo, eso implica una confianza sagrada. Así que, decidme: ¿qué está pasando aquí realmente?

Milo empezó la historia y Lina la terminó; le contaron a Sata por qué estaban en el Espacio Salvaje, qué había hecho el Imperio con sus padres y cómo sus esfuerzos por encontrar un refugio seguro se habían visto frustrados en Thune. Le explicaron cómo habían dado con las transmisiones, al oír el llamamiento a resistirse al Imperio, y fueron en busca del origen.

—Así que eso era lo que Delih estaba haciendo —dijo Sata cuando hubieron terminado—. Me alegro de que me lo hayáis contado. Aunque quizá sea mejor que las transmisiones se detuvieran: ya me imagino la cara de Gozetta si el Imperio se presentara allí, acusándola de pertenecer a una organización rebelde.

—Pero si ése no era el punto de origen —preguntó Milo—, ¿dónde está?

Sata dudó.

—Os estáis metiendo en un mundo muy peligroso, niños —dijo—. No creo que los responsables de esas emisiones estén jugando.

—Tampoco estamos jugando nosotros —dijo Lina, clavándole una mirada firme—. Tenemos que encontrar a nuestros padres, y el Imperio no va a ayudarnos. ¿Quién lo hará?

Sata asintió lentamente.

—Muy bien. No sé quién envió la transmisión original, pero puedo aventurar una teoría: sé que Delih tenía amigos en un planeta llamado Lothal, en el Borde Exterior. No

sé mucho al respecto, excepto que el Imperio tiene una base allí. Delih siempre encontraba alguna excusa para ir solo.

—Tenemos que ir —dijo Lina con firmeza.

—Pero ¿y la base imperial? —preguntó Milo—. No podemos tomar tierra y empezar a preguntar sin más dónde está la emisora rebelde más cercana.



—Podemos tratar de camuflar el *Ave* de alguna manera —insistió Lina—. Cráter puede enmascarar el código de identificación. Tenemos que intentarlo.

—¿No dijiste que habíamos asumido demasiados riegos? —replicó Milo.

—Sólo quiero que vuelvan —respondió Lina con cansancio, agachando la cabeza—. Sólo quiero saber dónde están. Y ésta es la mejor oportunidad que hemos tenido.

Milo guardó silencio un momento, antes de asentir.

—Vale, hermanita —dijo—. Tienes razón.

—Y ese planeta, Lothal —preguntó Lina a Sata—. ¿Nos llevarás hasta allí?

La joven se quedó callada largo rato. Luego negó despacio con la cabeza.

—No sois los únicos a los que debo algo —dijo—. Os guste o no, Gozetta también nos salvó la vida. Y esos mercenarios no se merecen ser abandonados en ese foso para morir. Además, ninguno de nosotros ha cobrado todavía.

—Bien dicho —murmuró Meggin.

—¿Queréis que volvamos? —preguntó Lina.

—No —dijo Sata—. Basta con que nos dejéis a Meggin y a mí en la nave que Gozetta tiene en órbita. Nosotros los recogemos y vosotros seguís vuestro camino.

Lina la miró.

—¿Estás segura de que no prefieres venir con nosotros? —preguntó—. Podrías ayudarnos a encontrar a la gente que envió la transmisión.

Sata suspiró.

—Sólo quiero hacer mi trabajo, recoger mi dinero y volver a mi hogar. Creo que no voy a salir de él en una larga temporada.

Hubo un largo silencio. Entonces CR-8R dejó escapar un silbido triunfante y empezó a girar con sus repulsores.

—Lo tengo —anunció—. Señorita Lina, señor Milo, volvemos al trabajo. El hiperpropul-sor está conectado y esperando coordenadas.

Milo le sonrió.

—Cráter, eres fantástico.

CR-8R dejó de girar y lo miró fijamente.

—Sí, lo soy —dijo—. Y no lo olvide. A ver, señorita Sata, ¿ha dicho usted Lothal?

LA AVENTURA CONTINÚA EN
STAR WARS
AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE
Cuarto libro: EL ROBO